

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



PRESENCIA DE LA FE CATÓLICA EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

La persecución
religiosa en España
en el siglo XIX

«El Brindis del Retiro»

La resistencia
ortodoxa de España

La batalla de
Las Navas de Tolosa

La cruzada contra
los albigenses

Los santos patronos
de España



Monumento a la batalla de Las Navas de Tolosa (La Carolina, Jaén)

«España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de san Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones, o de los reinos de taifas.»

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (*Historia de los heterodoxos españoles*, epílogo)

Sumario

La persecución religiosa en el siglo XIX <i>Balbina García de Polavieja</i>	3
Una polémica actual. «El Brindis del Retiro» <i>Jorge Soley Climent</i>	6
La resistencia ortodoxa de España <i>Marcelino Menéndez Pelayo</i>	10
Los últimos años del reinado de Isabel II <i>Marcelino Menéndez Pelayo</i>	13
Las Navas de Tolosa 1212 <i>María Jaurrieta Galdiano</i>	14
Dos conmemoraciones <i>Juan Manuel de Prada (ABC)</i>	18
Recordemos Las Navas <i>Rafael Sánchez Saus (Diario de Sevilla)</i>	19
1213: Pedro II de Aragón y la cruzada contra los albigenses <i>Gerardo Manresa Presas</i>	20
Decálogo de la necesidad del conocimiento histórico <i>Antonio Pérez-Mosso</i>	25
Los santos patronos de España <i>María Dolores Barroso</i>	26
450 años de la fundación del convento de San José de Ávila <i>Gloria Morelló Torrellas</i>	30
Sor Patrocinio, mística y restauradora en el siglo XIX <i>Guillermo Pons Pons</i>	32
Renovación de la consagración de la ciudad de Lérida al Sagrado Corazón de Jesús	37
San Francisco de Asís y el Camino de Santiago <i>Fra Valentí Serra de Manresa OFM Cap.</i>	38
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	40
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	41
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	43
Hace 60 años	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

Dos aniversarios nos invitan en este número a hacer una reflexión muy propia de nuestra revista: el octavo centenario de la batalla de Las Navas de Tolosa y el primer centenario de la muerte de Menéndez Pelayo. En ambos casos, el tema es la historia de España. Una batalla, la de Las Navas de Tolosa, que marcó una época con resultados decisivos para el futuro de la Reconquista; y un autor, Menéndez Pelayo, que se distinguió en sus estudios sobre España por haber subrayado la presencia de la fe cristiana en los momentos más importantes que jalonan su historia.

CRISTIANDAD ha mostrado desde su fundación un especial interés por el estudio de la historia a la luz de la fe; aún más, es justamente la teología de la historia la temática que la singulariza. Dios, en orden a realizar su plan de salvación, tiene no sólo providencia de cada uno de los hombres sino también de los pueblos. Toda la historia está destinada a manifestar esta providencia amorosa que para gloria de Dios y bien de los hombres prepara el triunfo de Cristo ante todos los pueblos. Desde esta perspectiva podemos valorar la importancia de la tradición católica del pueblo español para tantas generaciones y para toda la Iglesia. Esta tradición, tan relevante en la comprensión de la historia de España en los escritos de Menéndez Pelayo, tiene unos de sus momentos más sobresalientes en la batalla de Las Navas de Tolosa; una batalla que es fruto de una cruzada convocada por el Papa y que, a pesar de las divisiones fruto de los avatares de la Reconquista, fue posible gracias a la colaboración entusiasta y eficaz de los principales reinos hispánicos, de un modo especial Navarra y la Corona de Aragón. Por otra lado, cuando en España decae la fe, como ocurre especialmente a partir del siglo XIX, las consecuencias son luchas políticas y persecuciones religiosas.

Estos hechos deberían ser una lección para todos en estos momentos de profunda crisis de la sociedad española. Nuestra crisis no es económica, sino moral, y tiene sus raíces, como ha proclamado repetidamente Benedicto XVI, en una crisis de fe. Y este juicio histórico tiene una validez para todo el Occidente, pero de un modo muy especial para la sociedad española. Los políticos, las instituciones sociales y medios de comunicación repiten sin descanso diagnósticos sobre este tremenda crisis económica, pero todos ellos se muestran incapaces de encontrar el remedio eficaz para salir de ella. Cuando más se habla de economía, menos remedios se encuentran y surgen la lucha y las divisiones internas. Esto es así en la vida de las familias, y de los pueblos. Fijar la mirada exclusivamente en lo económico siempre trae malos resultados. Un ejemplo de esto es la reciente controversia sobre el futuro de Cataluña en España. Los principales argumentos a favor y en contra de la unidad de España parecen ser sólo de carácter económico, con el resultado previsible de la división no sólo de España sino también de la misma Cataluña.

Los pueblos hispánicos, como quedó bien reflejado en Las Navas Tolosa y ha señalado repetidamente Menéndez Pelayo, encuentran su grandeza y su unidad cuando se reconocen herederos de una gran tradición: la tradición católica. Porque, como decía nuestro poeta Verdaguier en su *Oda a Barcelona*, «Qui onfonsa o alça els pobles és Déu, que els ha creat».

La persecución religiosa en el siglo XIX

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

AUNQUE el siglo de los mártires por excelencia es el siglo XX, la persecución a la Iglesia en la España del XIX fue también muy violenta y radical. Uno de los historiadores que ha estudiado este siglo es Menéndez Pelayo, cuyos escritos nos acercan a algunos episodios especialmente importantes de la Revolución liberal.*

El intento de cambiar el orden social y político de España se produjo en varias fases y no sin cobrarse numerosas víctimas. Hunde sus raíces en el Despotismo Ilustrado del siglo XVIII, cuando los ministros de Carlos III promovieron la secularización de la enseñanza y llevaron a cabo las primeras medidas contra la Iglesia, como la expulsión de los jesuitas. Continúa en las elites ilustradas –afrancesados y liberales– durante la época de Carlos IV y durante la guerra de Independencia, especialmente con la elaboración de la *Pepa*. Esta constitución se aplicó entre 1820 y 1823, trienio en que por primera vez se ordenaba «cerrar todo convento que no llegara a veinticuatro individuos, radicalísima medida que echaba por tierra la mitad de los de España. Desaparecieron los conventos y colegios de las órdenes militares y los hospitalarios de San Juan de Dios. Se declararon bienes nacionales los de las comunidades extinguidas, indemnizando irrisoriamente con una

cortísima pensión a los exclaustrados». Desórdenes sociales y crímenes se sucedieron en este período calificado por Menéndez Pelayo como patológico. El gobierno de Fernando VII, una vez restaurada su autoridad, no sirvió para sanar la enfermedad, ya que ejerció el mismo Despotismo Ilustrado de sus padres, con la consiguiente indignación del sector realista y tradicional.

La oposición de la mayoría de los españoles a las ideas liberales e ilustradas, que ya se había puesto de manifiesto durante la guerra de Independencia en su levantamiento contra las tropas francesas, estalló de nuevo a la muerte de Fernando VII. Los realistas tomaron por bandera al infante D. Carlos, hermano del rey, frente a Isabel y la regente María Cristina, que se apoyó en el bando liberal, identificándose la causa de éste con la suya.

Las matanzas de 1834 y 1835

MENÉNDEZ Pelayo describe expresivamente los sucesos ocurridos entre 1834 y 1835 con el consentimiento del Gobierno, radicales manifestaciones de la mentalidad anticlerical que se estaba forjando en España, impulsadas por unos sectores liberales y aprovechadas por otros:

Las matanzas de 1834 y 1835

«La entrada de D. Carlos en Navarra y los primeros triunfos de Zumalacárregui habían escandecido hasta el delirio los furiosos de los liberales, quienes, descontentos además de la tibieza del Gobierno proyectaron en sus antros tomarse la venganza y precipitar la revolución en las calles, ya que caminaba lenta y perezosa en las regiones olímpicas. El cólera desarrollado con intensidad terrible en la noche del 15 de julio (día de la Virgen del Carmen) les prestó fácil camino para sus intentos, comenzando a volar de boca en boca el absurdo rumor de que los frailes envenenaban las aguas. Acrecentose la crudeza de la epidemia el día 16, y el 17 estalló el motín, tan calculado y prevenido que

muchos frailes habían tenido aviso anticipado de él, y el mismo Martínez de la Rosa, antes de partir para La Granja, había tomado alguna disposición preventiva.

»Tormentosa y preñada de amagos fue la noche del 16. Por las cercanías de los Estudios de San Isidro oíase cantar a un ciego al son de la guitarra:

Muera Cristo,
viva Luzbel;
muera Don Carlos,
viva Isabel.

»Amaneció, al fin, aquel horrible jueves 17 de julio, día de vergonzosa recordación más que otro alguno de nuestra historia. Las doce serían cuando cayó la primera víctima, acusada de envenenar las fuentes. Otro infeliz, perseguido

*Los textos de Menéndez Pelayo citados en este artículo están sacados de su obra *Historia de los heterodoxos españoles*, OC, vol. XL, pp. 221 ss.

por igual pretexto, buscó refugio en el Colegio Imperial, y en pos de él penetraron los asesinos al dar las tres de la tarde. Lo que allí pasó no cabe en lengua humana, y la pluma se resiste a transcribirlo. En la portería del Colegio Imperial, en la calle de Toledo, en la de Barrionuevo, en la de los Estudios, en la plaza de San Millán, cayeron, a poder de sablazos y de tiros, hasta dieciséis jesuitas, cuyos cuerpos, acribillados de heridas, fueron arrastrados luego con horrenda algaraza y mutilados con mil refinamientos de exquisita crueldad, hirviendo a poco rato los sesos de alguno en las tabernas de la calle de la Concepción Jerónima.

»Eran las cinco de la tarde, y el capitán general, como quien despierta de un pesado letargo, comenzaba a poner sobre las armas la tropa y la Milicia urbana. ¡Celeridad admirable después de dos horas de matanza! Y ni aun ese tardío recurso sirvió para cosa alguna, puesto que los asesinos, dando por concluida la faena de los Reales Estudios, se encaminaron al convento de dominicos de Santo Tomás, en la calle de Atocha, y, allanando las puertas, traspasaron a los religiosos que estaban en coro o les dieron caza por todos los rincones del convento. Al asesinato sucedió el robo, que las tropas llegadas a tal sazón y apostadas en el claustro presenciaron con beatífica impasibilidad. Sólo tres heridos sobrevivieron a aquel estrago. De allí pasaron las turbas al convento de la Merced Calzada. Allí rindieron el alma ocho religiosos y un donado, quedando heridos otros seis.

»Ni siquiera las nieblas de la noche pusieron término a aquella orgía de caníbales. Seis horas habían transcurrido desde la carnicería de San Isidro; los religiosos de San Francisco el Grande ponían fin a su parca cena e iban a entregarse al reposo de la noche cuando de pronto sonaron voces y alaridos espantosos, tocó a rebato la campana de la comunidad, cayeron por tierra las puertas e inundó los claustros la desaforada turba. Hasta cincuenta mártires dio la Orden de San Francisco en aquel día. Unos perecieron en las mismas sillas del coro, cuya madera conserva aún las huellas de los sables. Otros fueron cazados, como bestias fieras, en los tejados, en los sótanos y hasta en las cloacas. Los soldados permanecieron inmóviles o ayudaron a los asesinos a buscar y a rematar a los frailes y a robar los sagrados vasos. ¡Ocho horas de matanza regular y ordenada! ¿Qué hacía entre tanto el capitán general? ¿En qué pensaba el Gobierno? A eso de la tarde se presentó San Martín en el Colegio Imperial, habló con los jesuitas supervivientes y les increpó por lo del envenenamiento de las aguas. En cuanto al Gobierno de Martínez de la Rosa, se contentó con hacer ahorcar a un músico del batallón de la Princesa que había robado un cáliz en San Francisco el Grande. Con todo, el clamor de la opinión fue tal, que hubo de procesarse a San Martín, separado ya de la Capitanía General. Aquí paró todo, y huelgan los comentarios cuando los hechos hablan a voces.»

Las matanzas y desmanes se extendieron a otros lugares de España como Zaragoza, Murcia, Tarragona y Barcelona, ciudad esta última en la que los horrores cometidos alcanzaron una crueldad inaudita. La noche del 25 de julio de 1835 ardieron los conventos de carmelitas, dominicos, trinitarios, agustinos y franciscanos, se profanaron y saquearon sus templos, y muchos religiosos fueron asesinados.

«Si la justicia humana dejó inultas aquellas víctimas, su sangre abrió un abismo invadible, negro y profundo como el infierno, entre la España vieja y la nueva, entre las víctimas y los verdugos, y no sólo salpicó la frente de los viles instrumentos que ejecutaron aquella hazaña, semejantes a los que toda demagogia recluta en las cuadras de los presidios, sino que subió más alta y se grabó como perpetuo e indeleble estigma en la frente de todos los parti-

El juicio que hace Menéndez Pelayo de este acontecimiento es muy duro y al mismo tiempo clarificador de lo que supuso para la historia, como un hito definitivo a partir del cual la ruptura de España no tenía vuelta atrás. Es el momento en el que el liberalismo muestra su verdadero rostro y hace que las guerras carlistas adquieran un carácter religioso de defensa de la fe y de la tradición católica de España:

dos liberales, desde los más exaltados a los más moderados; de los unos, porque armaron el brazo de los sicarios; de los otros, porque consintieron o ampararon o no castigaron el estrago, o porque lo reprobaron tibiamente, o porque se aprovecharon de los despojos. Y desde entonces la guerra civil creció en intensidad, y fue guerra como de tribus salvajes lanzadas al campo en las primitivas edades de la historia, guerra de exterminio y asolamiento, de

degüello y represalias feroces, que duró siete años, que ha levantado después la cabeza otras dos veces, y quizá no la postrera, y no ciertamente por interés dinástico, ni por interés fuerista, ni siquiera por amor muy declarado y fervoroso a este o al otro sistema político, sino por algo más hondo que todo, por la ins-

tintiva reacción del sentimiento católico, brutalmente escarnecido, y por la generosa repugnancia a mezclarse con la turba en que se infamaron los degolladores de los frailes y los jueces de los degolladores, los robadores y los incendiarios de las iglesias y los vendedores y compradores de sus bienes.»

La Revolución compra las conciencias

EN los intentos de 1812 y 1820 la Revolución se había presentado enarbolando los ideales de la libertad y el progreso, y no había conseguido la popularidad que los liberales necesitaban. Las matanzas de 1834 tampoco habían despertado un excesivo entusiasmo revolucionario. Pero en 1835 el ministro Mendizábal dio el golpe definitivo para crear una clase conservadora y de orden que se adhiriera a las nuevas instituciones.

Las tres medidas fundamentales de su plan consistían en la supresión de todas las órdenes religiosas, excepto las dedicadas a la pública beneficencia, la confiscación por el Estado de los bienes de estas órdenes, que pasaban así a ser bienes nacionales y la conversión de estos bienes en propiedad particular poniéndolos en pública subasta. Esta fue la más decisiva de las desamortizaciones habidas en España. Como afirma Menéndez Pelayo, «la revolución en España no tiene base doctrinal, ni filosófica, ni se apoya en más puntales que el de un enorme despojo y un contrato infamante de compra y venta de conciencias. [...] Por eso, el liberalismo del año 35 no se entretuvo en decir al propietario rústico ni al urbano: “Eres libre, autónomo, señor de ti y soberano...”, sino que se fue derecho a herir otra fibra que nunca deja de responder cuando diestramente se la toca, y dijo al ciudadano: “Ese monte que ves, hoy de los frailes, mañana será tuyo, y esos pinos y esos robles caerán al golpe de tu hacha, y cuanto ves de río a río, mieses, viñedos y olivares, te rendirá el trigo para henchir tus trojes, y el mosto que pisarás en tus lagares. Yo te venderé, y si no quieres comprarlo, te regalaré ese suntuoso monasterio, cuyas paredes asombran tu casa, y tuyo será hasta el oro de los cálices, y la seda de las casullas, y el bronce de las campanas”».

¿Cuál fue el resultado? La venta de bienes nacionales fue un fracaso económico. No resolvió el

grave déficit de la Hacienda y podría haber obtenido el Estado más provecho arrendando los bienes a campesinos necesitados por una módica renta, o vendiéndolos escalonadamente en un plazo amplio de tiempo en lugar de ofrecer súbitamente una masa inmensa de bienes con su consiguiente devaluación. En cambio, la venta así realizada fue de enorme rentabilidad política, pues sirvió para crear una clase social adicta a la revolución, «comprando defensores al trono de la reina por el fácil camino de infamarlos antes, para que el precio de su afrenta fuera garantía y fianza segura de su adhesión a las nuevas instituciones». El preámbulo de la ley no ocultaba que se trataba de «traer a España la animación, la vida y la ventura de completar su restauración política, de crear una copiosa familia de propietarios cuyos goces y existencia se apoyen principalmente en el triunfo completo de las actuales instituciones.» En gran medida, Mendizábal consiguió su objetivo, y la supervivencia del liberalismo en España ha estado vinculada a la continuidad en la posesión de los bienes tomados a la Iglesia.

Reflexionando sobre estos y otros episodios del siglo XIX, Menéndez Pelayo lamentaba que «dos siglos de incesante y sistemática labor para producir artificialmente la revolución hayan conseguido no renovar el modo de ser nacional, sino viciarlo, desconcertarlo y pervertirlo», efectos que continúan hasta nuestros días. Sin embargo, mantenía la esperanza de que «mientras la nación sea capaz de creer, amar y esperar, mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos, mientras guarde alguna memoria de lo antiguo y se contemple solidaria con las generaciones que la precedieron, aún puede esperar su regeneración; aún puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor y acudan las gentes a su lumbré y los pueblos al resplandor de su Oriente.»



Una polémica actual. «El Brindis del Retiro»

JORGE SOLEY CLIMENT

La fe católica en la historia de España

EL conocido popularmente como Brindis del Retiro fue el breve discurso que, sin preparación previa y tras la insistencia de varios de los comensales allí reunidos, dio don Marcelino Menéndez Pelayo el 30 de mayo de 1881 durante el banquete celebrado en la Fonda Persa del Parque del Retiro, en Madrid, organizado por la Universidad Central en homenaje a los catedráticos de provincias y del extranjero reunidos en la capital con motivo de la celebración del segundo centenario de la muerte de Calderón de la Barca.

Menéndez Pelayo ya era una figura conocida a pesar de su corta edad: no había cumplido aún los veinticinco años pero era ya catedrático de Historia Crítica de la Literatura y acababa de ser nombrado académico de la Real Academia de la Lengua Española con el único voto en contra de Castelar. Fue precisamente su conocida y precoz brillantez y el tono y contenido de los brindis realizados hasta su intervención los que movieron a algunos asistentes a animarle a que diera una réplica a los mismos, que Menéndez Pelayo realizaría con vigor intelectual y valentía en lo que supondría un auténtico bombazo que inmediatamente copó los titulares de la prensa y se convirtió en motivo de encendidas discusiones, teniéndose constancia de que incluso en el Consejo de ministros se llegó a abordar la cuestión del «Brindis».

En realidad Menéndez no dijo nada que no hubiera puesto por escrito y argumentado con anterioridad (la *Historia de los heterodoxos españoles* se había empezado a publicar un año antes), pero por su propio formato, breve e incisivo, el Brindis del Retiro supuso una síntesis de lo más sustancial del pensamiento de don Marcelino. Un pensamiento que, aunque Menéndez Pelayo pudiera matizar en algunos aspectos a lo largo de su vida, permaneció siendo esencialmente verdadero y vital para la comprensión y supervivencia de España. En primer lugar, la idea (o más bien hecho) de que ha sido la fe católica la que nos ha conformado, la que nos ha dado una cultura y a la que debemos todo aquello con lo que de valioso contamos. De su pérdida o, al menos, de su difuminarse, nace nuestra decadencia y eventualmente muerte. Y como corolario se nos presenta España como empresa animada por la fe que se concreta en la Reconquista y, al acabar ésta y de modo

providencial, en la conquista y evangelización de América. Fuera de esto, sólo encontramos miserias.

En segundo lugar, la reivindicación de la monarquía tradicional, asumida y llevada a su apogeo por la Casa de Austria, que no fue ni absoluta ni parlamentaria, sino cristiana y que, por ello, pudo ser garante del municipio español, donde pudo florecer la verdadera libertad. En ella no se teorizaba acerca del principio de subsidiariedad para luego ignorarlo sistemáticamente, sino que éste era vivido realmente.

En defensa de estos principios (fe católica, monarquía tradicional, libertad municipal) escribió Calderón. Contra ellos se alzan los liberales, tanto absolutistas como revolucionarios, imponiendo su libertad ideológica que destruye la libertad real en nombre de unas ideas abstractas y estatistas. Acaba Menéndez Pelayo su brindis, que reproducimos en estas páginas, con una afirmación de la españolidad de Portugal que, a pesar de hacer referencia a la autoridad de Camoens, fue recibida con murmullos y gritos de protesta entre un público que había escuchado con aquiescencia la apología de Jules Ferry por parte del señor Magnaval y asistía ahora atónito a las palabras de un jovencito que osaba incluso recordar los efectos benéficos de la Inquisición.

Las reacciones en la prensa

HASTA aquí el Brindis propiamente dicho. Las reacciones no se hicieron esperar y coparon los diarios durante semanas. La prensa liberal reaccionó rasgándose las vestiduras por el contenido del Brindis (señal de su acierto, escribiría *El Fénix*, que se mide por la irritación provocada en «los sabios de desecho») aunque, quizás por su propia incapacidad para enfrentarle argumentos sólidos, se centró en afearle la conducta a Menéndez Pelayo. *El Conservador* dirá que «este discurso nos parece poco oportuno y discreto» y *El Demócrata* insiste en la «falta de respeto y consideración a huéspedes tan estimadísimos». Por su parte, *El Estandarte* echa en cara la ingratitud de Menéndez para con la Casa de Borbón, responsable de rebajar la edad para alcanzar la cátedra, medida de la que el precoz don Marcelino sería el primero en beneficiarse, crítica de la que se hará también eco *El Globo*. Por último, *La Correspondencia Ilustrada* criticaba a Menéndez

EL BRINDIS

«Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes me obligan a tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América, y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica, que es el *substratum*, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo *xvi* vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en portaestandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fue escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales.

Brindo por el municipio español, hijo glorioso del municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en *El alcalde de Zalamea*, y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos

nosotros, los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón, y justicia, y derecho, podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; el poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; el poeta teólogo; el poeta inquisitorial, a quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y a quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más o menos liberales, que en nombre de la unidad centralista, a la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la Casa de Borbón y luego por los gobiernos revolucionarios de este siglo.

Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco y que poco habían de agradar a tan cristiano poeta como Calderón, si levantase la cabeza.

Y ya que me he levantado, y que no es ocasión de traer a esta reunión fraternal nuestros rencores y divisiones de fuera, brindo por los catedráticos lusitanos que han venido a honrar con su presencia esta fiesta, y a quienes miro y debemos mirar todos como hermanos, por lo mismo que hablan una lengua española, y que pertenecen a la raza española; y no digo ibérica, porque estos vocablos de iberismo y de unidad ibérica tienen no sé qué mal sabor progresista. (Murmullos.) Sí: española, lo repito, que españoles llamó siempre a los portugueses Camoens, y aún en nuestros días Almeida-Garret, en las notas de su poema *Camoens*, afirmó que españoles somos y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos en la península ibérica.

Y brindo, en suma, por todos los catedráticos aquí presentes, representantes de las diversas naciones latinas que, como arroyos, han venido a mezclarse en el grande océano de nuestra gente romana».

Pelayo por su supuesta falta de educación, especialmente hacia los portugueses y alemanes, que se presume habrían quedado ofendidos por sus palabras cuando, como huéspedes que eran, eran merecedores del más alto respeto.

Evidentemente, la prensa católica de la época se lanzó al elogio y defensa de Menéndez Pelayo. *La*

Fe, diario carlista, felicitará a Menéndez Pelayo porque lo que dijo fue «lo contrario de lo que han estado diciendo siempre y continúan repitiendo las ignaras sectas del liberalismo: dijo que la España de la Casa de Austria, la España inquisitorial, la España de Calderón, la España católica, monárquica y democrática de la que abominan los revoluciona-

rios es la gran España de la inteligencia, del poder, de la libertad y de la gloria».

El Siglo Futuro, comentando un artículo de *El Estandarte*, muestra la incoherencia de la argumentación liberal, incapaz de hacer frente a la evidencia de que «la intolerancia, la Inquisición y la política de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II levantaron a España a la increíble grandeza de los Siglos de Oro, mientras que el volterianismo de los ministros de Carlos III y el liberalismo de los tiempos modernos la abatieron y humillaron hasta hacerla ludibrio de las gentes». *El Fénix*, por su parte, responde a la acusación de falta de hospitalidad hacia los extranjeros afirmando que, en primer lugar, son esos extranjeros quienes deberían respetar la hospitalidad recibida, algo que no cumplieron y sobre lo que la prensa liberal guarda un silencio cómplice: «No olvide *El Globo* que en el banquete de los catedráticos se pronunció un brindis en honor de Ferry, presidente de un gobierno enemigo de Dios y de los hombres, perseguidor de la Iglesia católica y verdadero agente de la demolición universal». Para después preguntar: «¿Es faltar a la hospitalidad tener fe, patriotismo y saber historia? ¿Por ventura hemos contraído con los extranjeros que han venido a honrar a Calderón el compromiso de volvernos tontos?». Y añade, en un retrato que no ha perdido nada de su vigencia, que «los que blasonan de liberales, de tolerantes y de ilustrados, hasta un grado hiperbólico, no han tenido ni pizca de tolerancia con quien no profesa sus ideas y expone las suyas con noble independencia; que su decantada libertad es un mito, y su ilustración un problema que todavía está por resolver».

En otro artículo de *El Fénix*, que responde casi frase por frase al ataque que *La Correspondencia Ilustrada* lanza contra Menéndez, encontramos réplicas magníficas que van más allá de las cuestiones del momento y adquieren validez universal, como cuando comentando el panegírico del siglo liberal que «hace una religión de la felicidad, sabiduría y libertad del hombre», *El Fénix* responde, lacónica y certeramente, que «Hacer religiones es hacer el oso».

Misivas de apoyo

EL eco que obtuvo el Brindis fue hondísimo y a las reacciones de la prensa se sumaron numerosas misivas a don Marcelino desde diferentes partes de España y del extranjero. Entre estas adhesiones destacan la de Vicente Sánchez de Castro, obispo de Santander, quien escribe que «este brindis es valerosísima profesión de fe católica hecha a la faz del mundo, contra el naturalismo racionalista y positivista que, por medio de semipaganas solemnidades, tiende a reemplazar el

religioso culto de los santos con el civil de los sabios». Y acaba afirmando que el brindis es «testimonio de que la verdadera ciencia se compadece con la fe, no excluye la verdadera libertad y es poderosa para sobreponerse dignamente a las patrañas de las sectas y a la vana garrulería de la mala prensa».

Desde el ámbito universitario, los estudiantes de Santiago escriben su felicitación a lo que califican como «valerosa confesión católica y noble arranque de español puro y viejo» y siguen diciendo que «Vemos en el acto de V. un suceso tal vez trascendental, porque ¡cuántos jóvenes españoles, enamorados de aquella libertad nuestra del siglo de los Reyes Católicos, con sus municipios de verdad, con sus Cortes de verdad; de aquella descentralización organizada sabiamente, en que cada uno era perfectamente libre dentro de la unidad social; de aquella fe de nuestros mayores, que llevaban la Cruz al Nuevo Mundo y rompían la Media Luna en Lepanto, se avergüenzan hoy de proclamar sus sentimientos por temor a chanzonetas y rechiflas! ¡Quién sabe si el preclaro ejemplo de usted arrancará a todos la confesión de nobles y levantados pensamientos!».

También desde Barcelona la inmensa mayoría de los estudiantes de la Facultad de Derecho firmaron una entusiasta felicitación a don Marcelino, aunque quizás la felicitación de mayor relevancia llegada desde la Ciudad Condal fuera la del ilustre catedrático Joaquín Rubió i Ors, *Lo Gaiter del Llobregat*, autor en 1841 del manifiesto de la Renaixença catalana y catedrático de Historia Universal, que escribió que «casi me alegro de que hubiese imprudentes y malos españoles que provocaron el espontáneo ditirambo con que salió V. por la honra de Calderón y por la España católica, apostólica y romana, con municipios democráticos bajo una monarquía cristiana, del tiempo de aquel poeta». Y el hijo de don Joaquín, Antonio Rubió i Lluch, afirma que «Creo que de esta ciudad, que te aprecia en lo que vales y que agradece tus buenos recuerdos, recibirás muestras de afecto que te alegrarán y consolarán tal vez, si es que los insultos y dicterios de la prensa liberalesca han podido causarte algún disgusto. A las felicitaciones entusiastas que en los periódicos católicos te dirigen, me cabe la dicha de añadir las que como amigo íntimo te expreso con todo mi corazón».

Por último, y para negar que los portugueses pudieran haberse sentido molestos con las palabras de Menéndez Pelayo, la mayoría de la representación estudiantil de la Universidad de Coimbra visitó el día 2 de junio a don Marcelino en su casa para felicitarle «por su digno y patriótico discurso del Retiro». *El Fénix* comentará al respecto que si bien «los impíos parecen más de los que son porque gritan mucho y cuentan en todas partes con el favor y la cobarde complicidad de los elementos oficiales y de



Retrato de Menéndez Pelayo (Ilustración Española y Americana, 1881)

los centros subterráneos», ante esta manifestación de los estudiantes portugueses, «¡lucidos quedan los periódicos liberales que han movido tanta algazara contra el discurso del Sr. Menéndez Pelayo!».

Tres personajes: Verdaguer, Nocedal y Schuchardt

FINALMENTE cabe destacar tres cartas que, por la relevancia de sus autores, son muy significativas. En primer lugar el afamado poeta Jacinto Verdaguer, culmen de la literatura catalana, escribe a don Marcelino porque «creería faltar a un deber de conciencia si no uniera mi humilde y desautorizada voz al coro de las calurosas enhorabuenas que lloverán sobre V. con motivo de su valiente, cristiano y patriótico brindis. Más que un brindis es un reto a la impiedad que sólo el autor de los *Heterodoxos españoles* podía echar en cara a los herejes de nuestros desgraciados tiempos». Y añade que «todos los buenos están con V. en las cuestiones principales de su peroración que tanta polvareda ha levantado en el campo de los enemigos de nuestra santa religión, y a muchos he visto verdaderamente entusiasmados no sólo de sus ideas capitales, sino de los más pequeños detalles». Para acabar deseándole que «Dios le conceda largos años de vida para

decir las verdades a nuestro siglo olvidado de Dios y para consuelo de los que seguimos sus banderas».

La segunda misiva es del director de *El Siglo Futuro*, don Ramón Nocedal, quien le asegura que «entre todas las alabanzas que V. reciba, pocas habrá más sinceras y entusiastas que las de mis amigos». Por último, el hispanista alemán Hugo Schuchardt, quien en una carta dirigida a Menéndez Pelayo, al hacer una alusión a la supuesta antipatía de éste hacia la raza alemana («las antipatías de raza no bastan a entibiar el cariño que despiertan siempre el amor de las letras y el trato con personas tan doctas y discretas como usted, de quien me huelgo de ser servidor y amigo»), dará pie a que don Marcelino aclare el sentido de su alusión a la barbarie germánica. Así, afirmará que con sus palabras aludía a la herejía luterana, es decir, «a la barbarie germánica de los tiempos de Lutero y a la de los alemanes de aquel entonces, no a la de los alemanes contemporáneos de Schuchardt, que muchas veces son *Hispanis hispaniores*». Y continúa: «Mi indignación no es contra los alemanes, sino contra los malos y renegados españoles, italianos y franceses, que a todas horas abominan de las grandezas de su raza y aceptan, sin examen, cuanto viene del lado allá del Rhin, creyendo que sólo por ser alemán ha de ser excelente».

O la fe católica informa España o ésta se disuelve en un sinsentido

EL 3 de junio de 1881, pocos días después del Brindis del Retiro y aún en plena vorágine de reacciones al mismo, Marcelino Menéndez Pelayo fue invitado a una velada literaria y musical en el Círculo de la Unión Católica. El joven catedrático llegó tarde al evento, tras la petición por parte del conde de Canga-Argüelles de hacer pública la felicitación de la Unión Católica y mientras estaba hablando don Alejandro Pidal. Al entrar en la sala don Marcelino todos los concurrentes se pusieron de pie y rompieron en aplausos, viéndose obligado éste a tomar la palabra para reiterar el sentido de su Brindis del Retiro. Allí insistía Menéndez Pelayo en la esencia de su discurso: «Todos estáis conformes conmigo en la proclamación de la unidad católica, que hizo nuestra grandeza en el Siglo de Oro. Todos lo estáis en la glorificación de la España antigua, y en que sus principios santos y salvadores tornen a informar la España moderna». Titulábamos este artículo como una polémica actual y tras detenernos en las palabras de Menéndez Pelayo y en las reacciones que suscitaron no podemos menos que ver en ellas la cuestión nuclear sobre la que sigue pivotando el futuro de España.

La resistencia ortodoxa de España

Menéndez Pelayo glosa el papel de España en la defensa de la ortodoxia en el siglo XIX. En la obra dedicada a estudiar la heterodoxia siente la necesidad de glosar las gestas de aquellos hombres que en los campos de Europa defendieron la pureza de la fe. (Historia de los heterodoxos españoles, vol. IV, OC, vol. XXXVIII, pp 397 ss.)

[España bajó sola a la arena]

Llego al fin de mi exposición histórica de las disidencias religiosas del siglo XVI, con el remordimiento y el escrúpulo de haber dedicado tan largas vigiliadas a tan ruin y mezquino asunto. Sólo la curiosidad erudita me ha sostenido en esta fatigosa labor, donde, fuera de los nombres de Juan de Valdés y de Miguel Servet, insignes el uno entre los lingüistas, y el otro entre los fisiólogos, ni una figura simpática, ni una idea nueva y generosa, se han atravesado en mi camino. ¡Pobre España, si España, en el siglo XVI, hubiera sido eso! Un grupo de disidentes, sectarios de reata los más, mirados con desdén y con odio, o ignorados en absoluto por el resto de los españoles, es lo que he encontrado. Originalidad nula; estilo seco y sin poder ni vida; lengua hermosa no por mérito de los escritores, sino porque todo el mundo escribía bien entonces. ¿Qué es lo que puede salvarse de toda esa literatura protestante? Los diálogos literarios, y no teológicos, de Valdés; la traducción de la *Biblia* de Casiodoro. Todo lo demás poco importaría que se perdiese. Confieso que comencé este estudio con entusiasmo e interés grande, y que le terminé con amargo desaliento. Yo quisiera que los españoles, aun en lo malo, nos hubiéramos aventajado al resto de los mortales; pero tengo que confesar que, fuera de las audacias de Servet y del misticismo de Molinos, ningún hereje español se levanta dos dedos de la medianía. Y, sin embargo, tiene su utilidad este trabajo, siquiera para demostrar que el genio español muere y se ahoga en las prisiones de la herejía, y sólo tiene alas para volar al cielo de la verdad católica.

¡Cuánto mejor me hubiera estado describir la católica España del siglo XVI que con todos sus lunares y sombras (que no hay período que no los tenga) resiste la comparación con las edades más gloriosas del mundo! Hubiéramos visto, en primer lugar, un pueblo de teólogos y de soldados que echó sobre sus hombros la titánica empresa de salvar con el razonamiento

y con la espada la Europa latina de la nueva invasión de bárbaros septentrionales; y en nueva y portentosa cruzada, no por seguir a ciegas las insaciadas ambiciones de un conquistador, como las hordas de Ciro, de Alejandro y de Napoleón; no por inicu razón de Estado, ni por el tanto más cuanto de pimienta, canela o gengibre, como los héroes de nuestros días; sino por todo eso que llaman idealismos y visiones los positivistas, por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral, por su Dios y por su tradición, fue a sembrar huesos de caballeros y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra. ¡Sacrificio inútil, se dirá, empresa vana! Y no lo fue, con todo eso, porque si los cincuenta primeros años del siglo XVI son de conquistas para la Reforma, los otros cincuenta, gracias a España, lo son de retroceso; y ello es que el Mediodía se salvó de la inundación, y que el Protestantismo no ha ganado desde entonces una pulgada de tierra, y hoy, en los mismos países donde nació, languidece y muere. Que nunca fue estéril el sacrificio por una causa santa, y bien sabían los antiguos Decios, al ofrecer su cabeza a los dioses infernales antes de entrar en batalla, que su sangre iba a ser semilla de victorias para su pueblo. Yo bien entiendo que estas cosas harán sonreír de lástima a los políticos y hacendistas, que, viéndonos pobres, abatidos y humillados a fines del siglo XVII, no encuentran palabras de bastante menosprecio para una nación que batallaba contra media Europa conjurada, y esto, no por redondear su territorio ni por obtener una indemnización de guerra, sino por ideas de teología... la cosa más inútil del mundo. ¡Cuánto mejor nos hubiera estado tejer lienzo y dejar que Lutero entrara o saliera donde bien le pareciese! Pero nuestros abuelos lo entendían de otro modo, y nunca se les ocurrió juzgar de las grandes empresas históricas por el éxito inmediato. Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de

Dios; y todo, hasta sus sueños de engrandecimiento y de monarquía universal, lo referían y subordinaban a este objeto supremo: *Fiet unum ovile, et unnus pastor*. Lo cual hermosamente parafraseó Hernando de Acuña, el poeta favorito de Carlos V:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad dichosa en que promete el cielo
una grey y un pastor sólo en el suelo,
por suerte a nuestros tiempos reservada.

Ya tan alto principio en tal jornada
nos muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo para más consuelo
un monarca, un imperio y una espada.

En aquel duelo terrible entre Cristo y Belial, España bajó sola a la arena; y si al fin cayó desangrada y vencida por el número, no por el valor de sus émulos, menester fue que éstos vinieran en tropel y en cuadrilla a repartirse los despojos de la amazona del Mediodía, que así y todo quedó rendida y extenuada, pero no muerta, para levantarse más heroica que nunca cuando la revolución atea llamó a sus puertas y ardieron las benditas llamas de Zaragoza.

Al frente de este pueblo se encontró colocada por derecho de herencia una dinastía, extranjera de origen, y en cierto modo poco simpática, guardadora no muy fiel de las costumbres y libertades de la tierra (aunque hartó más que la dinastía francesa que le sucedió), sobrado atenta a intereses, pretensiones, guerras y derechos de familia, que andaban muy fuera del círculo de la nacionalidad española; pero dinastía que tuvo la habilidad o la fortuna de asimilarse la idea madre de nuestra cultura, y seguirla en su pujante desarrollo, y convertirse en gonfaloniera de la Iglesia, como ninguna otra casa real de Europa.

[...]

[¿Cuándo ha sido España tan española y tan grande como entonces?]

Nadie ha hecho aún la verdadera historia de España en los siglos XVI y XVII. Contentos con la parte externa, distraídos en la relación de guerras, conquistas, tratados de paz e intrigas palaciegas, no aciertan a salir los investigadores modernos de los fatigosos y monótonos temas de la rivalidad de Carlos V y Francisco I, de las guerras de Flandes, del príncipe don Carlos, de Antonio Pérez y de la princesa de Éboli. Lo más íntimo y profundo de aquel glorioso período se les escapa. Necesario es

mirar la historia de otro modo, tomar por punto de partida las ideas, lo que da unidad a la época, la resistencia contra la herejía, y conceder más importancia a la reforma de una orden religiosa o a la aparición de un libro teológico, que al cerco de Amberes o a la sorpresa de Amiens.

Cuando esa historia llegue a ser escrita, veráse con claridad que la reforma de los regulares, vigorosamente iniciada por Cisneros, fue razón poderosísima de que el Protestantismo no arraigara en España, por lo mismo que los abusos eran menores, y que había una legión compacta y austera para resistir a toda tentativa de cisma. Dulce es apartar los ojos del miserable luteranismo español, para fijarlos en aquella serie de venerables figuras de reformadores y fundadores: en san Pedro de Alcántara, luz de las soledades de la Arrábida, que parecía *hecho de raíces de árboles*, según la enérgica expresión de santa Teresa; en el venerable Tomás de Jesús, reformador de los Agustinos descalzos; en la sublime doctora abulense, y en su heroico compañero san Juan de la Cruz; en san Juan de Dios, portento de caridad; en el humilde clérigo aragonés, fundador de las Escuelas Pías; y, finalmente, en aquel hidalgo vascongado, herido por Dios como Israel, y a quien Dios suscitó para que levantara un ejército, más poderoso que todos los ejércitos de Carlos V, contra la Reforma. San Ignacio es la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro. Ningún caudillo, ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante, débelo en gran manera a la Compañía de Jesús.

España, que tales varones daba, fecundo plantel de santos y de sabios, de teólogos y de fundadores, figuró al frente de todas las naciones católicas en otro de los grandes esfuerzos contra la Reforma, en el Concilio de Trento, que fue tan español como ecuménico, si vale la frase. No hay ignorancia ni olvido que baste a oscurecer la gloria que en las tres épocas de aquella memorable asamblea consiguieron los nuestros. Ellos instaron más que nadie por la primera convocatoria (1542), y trabajaron para allanar los obstáculos y las resistencias de Roma. Ellos, y principalmente el Cardenal de Jaén, se opusieron en las sesiones sexta y octava a toda idea de traslación o suspensión. Tan fieles y adictos a la Santa Sede, como independientes y austeros, sobre todo en las cuestiones de residencia y autoridad de los obispos, ni uno solo de nuestros preladost mostró tendencias cismáticas, ni siquiera el audaz y fogoso arzobispo de Granada, don Pedro

Guerrero, atacado tan vivamente por algunos italianos. Ninguno confundió el verdadero espíritu de reforma con el falso y mentido de disidencia y revuelta. Inflexibles en cuestiones de disciplina y en clamar contra los abusos de la Curia romana, jamás pusieron lengua en la autoridad del Pontífice, ni trataron de renovar los funestos casos de Constanza y Basilea. Pedro de Soto opinaba a la vez que la autoridad de los obispos es inmediatamente de derecho divino, pero que el Papa es superior al Concilio, y en una misma carta defiende ambas proposiciones. Cuando la historia del Concilio de Trento se escriba por españoles, y no por extranjeros, aunque sean tan veraces y concienzudos como el cardenal Pallavicini, ¡cuán hermoso papel harán en ella los Guerreros, Cuestas, Blancos y Gorrioneros; el maravilloso teólogo don Martín Pérez de Ayala, obispo de Segorbe, que defendió invenciblemente contra los protestantes el valor de las tradiciones eclesiásticas; el rey de los canonistas españoles, Antonio Agustín, enmendador del *Decreto* de Graciano, corrector del texto de las *Pandectas*, filólogo clarísimo, editor de Festo y Varrón, numismático, arqueólogo y hombre de amenísimo ingenio en todo; el obispo de Salamanca, don Pedro González de Mendoza,

autor de unas curiosas memorias del Concilio; los tres egregios jesuitas, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Torres; Melchor Cano, el más culto y elegante de los escritores dominicos, autor de un nuevo método de enseñanza teológica, basado en el estudio de las fuentes del conocimiento; Cosme Hortalá, comentarista perspicuo del *Cantar de los Cantares*; el profesor complutense Cardillo de Villarpando, filósofo y helenista, comentarista y defensor de Aristóteles, y hombre de viva y elocuente palabra; Pedro Fontidueñas, que casi le arrebató la palma de la oratoria, y tantos y tantos otros teólogos, consultores, obispos y abades como allí concurrieron, entre los cuales, para gloria nuestra, apenas había uno que no se alzase de la raya de la medianía, ya por su sabiduría teológica o canónica, ya por la pureza y elegancia de su dicción latina, confesada, bien a despecho suyo, por los mismos italianos! Bien puede decirse que todo español era teólogo entonces. Y a tanto brillo de ciencia, y a tan noble austeridad de costumbres, juntábase una entereza de carácter, que resplandece hasta en nuestros embajadores Vargas y don Diego de Mendoza. ¿Cuándo ha sido España tan española y tan grande como entonces?

La unidad religiosa que nos identifica

Oprímese el alma con angustiosa pesadumbre al solo pensamiento de que pudiera venir un día en que desapareciese de entre nosotros esa unidad religiosa que se identifica con nuestros hábitos, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestras leyes; que guarda la cuna de nuestra monarquía en la cueva de Covadonga; que es la enseña de nuestro estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna; que desenvuelve lozanamente nuestra civilización en medio de tiempos tan trabajosos; que acompaña a nuestros terribles tercios cuando imponían silencio a la Europa; que conduce a nuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, a dar los primeros la vuelta a la redondez del globo; que alienta a nuestros guerreros al llevar a cabo conquistas heroicas, y que en tiempos más recientes sella el cúmulo de tantas y tan grandiosas hazañas derrocando a Napoleón. Vosotros, que con precipitación tan liviana condenáis las obras de los siglos, que con tanta avilantez insultáis a la nación española, que tiznáis de barbarie y obscurantismo el principio que presidió a nuestra civilización, ¿sabéis a quién insultáis? ¿Sabéis quién inspiró al genio del gran Gonzalo, de Hernán Cortés, de Pizarro, del

Vencedor de Lepanto? Las sombras de Garcilaso, de Herrera, de Ercilla, de Fray Luis de León, de Cervantes, de Lope de Vega, ¿no os infunden respeto? ¿Osaréis, pues, quebrantar el lazo que a ellos nos une y hacernos indigna prole de tan esclarecidos varones? ¿Quisierais separar por un abismo nuestras creencias de sus creencias, nuestras costumbres de sus costumbres, rompiendo así con todas nuestras tradiciones, olvidando los más embelesantes y gloriosos recuerdos y haciendo que los grandiosos y augustos monumentos que nos legó la religiosidad de nuestros antepasados sólo permanecieran entre nosotros como una reprensión la más elocuente y severa? ¿Consentiríais que se cegasen los ricos mantiales adonde podemos acudir para resucitar la literatura, vigorizar la ciencia, reorganizar la legislación, restablecer el espíritu de nacionalidad, restaurar nuestra gloria y colocar de nuevo a esta nación desventurada en el alto rango que sus virtudes merecen, dándole la prosperidad y la dicha que tan afanosa busca y que en su corazón augura?

JAIME BALMES: *El protestantismo comparado con el catolicismo*

Los últimos años del reinado de Isabel II

He aquí el cuadro que traza Marcelino Menéndez Pelayo sobre aquellos últimos años del reinado de Isabel II, uno de cuyos acontecimientos centrales fue el acto del reconocimiento del reino de Italia. (Historia de los heterodoxos españoles, OC, vol. XXXVIII, pp 297 ss.)

[...] hiriendo sistemáticamente el sentimiento católico, el sentimiento nacional y el sentimiento de la justicia, se ahuyentaba del lado del trono a todos los elementos que en otra ocasión hubieran sido su mejor defensa, por donde venía a cobrar nueva vida y se aparejaba a nueva y próxima resistencia armada aquel inmenso partido que tantas veces habían declarado los liberales vencido y muerto, proseguía desatándose el espíritu revolucionario en la prensa, en la cátedra, en la tribuna, levantando ya francamente bandera antidinástica los progresistas, y bandera antimonárquica los demócratas. Estos no habían perdido el tiempo desde 1854. Pi y Margall, popularizando las ideas proudhonianas y el sistema federativo; Sixto Cámara, propagandista vulgar y pedantesco, pero activo y fanático; Rivero (D. Nicolás María), en quien con intermitencias y dejadeces meridionales centelleaba un entendimiento claro y sintético, a quien faltó cultura y reposo, mucho más que facilidad para asimilárselo todo y lucidez para exponerlo; Castelar, que hizo a su lado las primeras armas en *La Discusión*, y que luego pasó a *La Democracia*; Carda Ruiz, director de *El Pueblo*... éstos y otros más oscuros publicistas, entre ellos algunos catalanes, diversos todos en origen político, en estudios y aficiones, separados hondamente en cuestiones de organización social, individualistas los unos, socialistas los otros, quienes federales, quienes *unitarios*, pero menos divididos entonces que lo estuvieron el día del triunfo, propagaban en la prensa ese radicalismo político que cuenta entre sus principios esenciales la ilimitada libertad de imprenta y la absoluta libertad de cultos, ya que no la separación de la Iglesia y del Estado. Varios motines republicanos o socialistas a contar de el de Loja, de 1.º de julio de 1861, hicieron abrir los ojos a muchos sobre las fuerzas que iba allegando ese partido, juzgado antes una banda de ilusos. Ya las ideas no se quedaban en las cátedras de las universidades, ni en las columnas de *La Discusión*, ni en las reuniones de la Bolsa. De allí salían, gracias a la punible tolerancia y a la sistemá-

tica corrupción electoral de los gobernantes unionistas, a cargar las bocamartas de los contrabandistas andaluces y a ensangrentar el brazo de los sargentos del cuartel de San Gil en 1866. Aquel movimiento abortó; pero desde el momento en que los unionistas arrojados del poder pusieron sus rencores al servicio de la coalición progresista-democrática, el triunfo de la revolución fue inevitable.

En vano quiso detenerla el último gobierno moderado, con providencias de represión y aun de reacción, acudiendo sobre todo a detener y a restañar las cenagosas aguas de la enseñanza, separando de las cátedras a los profesores manifiestamente anticatólicos, estableciendo escuelas parroquiales, dando al elemento eclesiástico entrada e influjo en el Consejo de Instrucción Pública y en la Inspección de las Universidades. Fue honra del ministro de Fomento (director de Instrucción Pública antes), don Severo Catalina, ornamento grande del profesorado español y de las letras castellanas aquella serie de veintitrés decretos, que hubieran podido curar las mayores llagas de nuestra instrucción superior si hubiesen llegado ocho o diez años antes. Cuando aparecieron aquellos decretos y aquellos elocuentes preámbulos, todo era tardío e ineficaz. La monarquía estaba moralmente muerta. Se había divorciado del pueblo católico y tenía enfrente la revolución, que ya no pactaba ni transigía. En la hora del peligro extremo apenas encontró defensores, y el pueblo católico la vio caer con indiferencia y sin lástima. Y aquí conviene recordar otra vez aquellas palabras de Shakespeare, traídas tan a cuento por Aparisi: «Adiós, mujer de York, reina de los tristes destinos...». Y en verdad que no hay otro más triste que el de aquella infeliz señora, rica más que ningún otro poderoso de la tierra en cosechar ingraticudes, nacida con alma de reina española y católica y condenada en la historia a marcar con su nombre aquel período afrentoso de «secularización» de España, que comienza con el degüello de los frailes y acaba con el reconocimiento del despojo del patrimonio de San Pedro.

Las Navas de Tolosa 1212

MARÍA JAURRIETA GALDIANO

Introducción

SE cumplen ocho siglos de la gran batalla de la Reconquista. Las Navas de Tolosa unió a los reinos cristianos de la Península en un mismo campo, frente al enemigo común de aquello que más radicalmente los constituía: su fe en Cristo Salvador.

En muchas ocasiones es difícil ver esta motivación profunda, tanto de los reinos como tales como de cada combatiente. La razón es principalmente una cuestión de metodología historiográfica. En los relatos actuales la abundancia de datos de tipo político, siempre contingentes y cambiantes, contrasta con la falta de consideración de cuáles fueron aquellos motivos profundos que movían a reyes y vasallos a exponer sus vidas con valentía y ardor. Efectivamente, fue el ambiente de fe y de cruzada que se vivió en aquellos acontecimientos históricos y que está recogido en sus crónicas por testigos presenciales. No se ha de olvidar que el fenómeno no es aislado; se enmarca en toda una época de formación de la Cristiandad medieval en que la Buena Noticia configuraba toda una civilización con Cristo como fundamento.

Los antecedentes

EN el transcurso del siglo XII se había conformado una de las etapas más complejas dentro del proceso de la Reconquista española. Mientras que al-Ándalus, asumió nuevas oleadas de musulmanes procedentes del norte de África, los reinos hispánicos de Castilla, León, Portugal, Aragón y Navarra se fueron consolidando.

Fueron los almohades, tribu bereber procedente del Atlas, quienes trajeron una mayor ortodoxia islámica y consecuentemente mayor fuerza y empuje violento para defenderse y combatir a los infieles del norte del Tajo. A partir de 1146 ya era suyo el poder político y religioso de al-Ándalus, logrando suplantar a los almorávides.

Al mismo tiempo, en los reinos cristianos se acentuaban las diferencias diplomáticas y conflictos territoriales. En este tiempo el proceso de expansión hispánico se lidiaba sobre la línea imaginaria que comunica el curso alto del Guadiana, Montes de Toledo y el Sistema Ibérico (Teruel y el

Maestrazgo). La importancia estratégica de estas linderas fronterizas son respectivamente: el acceso a la red fluvial del Guadiana, los pasos al valle del Guadalquivir y las tierras de Levante. El pulso entre cristianos y musulmanes fue duro. El califa Abu Yusuf Ya'qub movilizó, con motivo de una ruptura diplomática, a sus tropas desembarcándolas en Tarifa en junio de 1195. Se apostaron en Sevilla para dirigirse a Alarcos.

La batalla de Alarcos (1195) supuso un golpe muy fuerte en el ánimo de las tropas cristianas, en cuya defensa estaban las tropas de Alfonso VIII, quien presentó batalla sin esperar refuerzos.

La inquietud del monarca ante la superioridad numérica de una milicia compuesta por almohades, bereberes, árabes actuando en estrecha cohesión, hizo precipitar el combate, de desastrosas consecuencias para los reinos cristianos... pero no fue sólo Alarcos: Malagón, Benavente, Calatrava la Vieja... cayeron en su poder. Al año siguiente, Trujillo, Plasencia, Santa Cruz... fueron dominadas por el islam.

Al comienzo del siglo XIII, siglo de gran esplendor en toda la Cristiandad, la gran preocupación del Santo Padre es la creciente amenaza musulmana, tanto en el Mediterráneo oriental como en el occidental. Entre los años 1210 y 1212 se cuentan hasta cinco bulas distintas en las que el papa Inocencio III llama e insiste a los reinos cristianos situados en la península hispánica en que, apartando sus diferencias, se unan en combate contra el enemigo mahometano.

Espíritu de cruzada

EL 16 de febrero de 1210 el pontífice promulgaba una bula encomendando al navarro Jiménez de Rada, entonces arzobispo de Toledo, la preparación de la campaña contra los sarracenos. Debía exhortar al rey de Castilla a ayudar e incluso liderar la cruzada. Se requería también el cese definitivo de las hostilidades entre los monarcas hispano-cristianos que, por fin, advino con los tratados navarro-aragonés de Mallén y castellano-leonés de Valladolid. El 10 de diciembre del mismo año el papa Inocencio III concede una bula dirigida a todos los obispos hispánicos apoyando la empresa castellana contra los almohades. En 1211



Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo

se concede otra bula similar ordenando a los obispos de Toledo, Zamora, Tarazona y Coimbra que castiguen a los reyes cristianos que violen las paces suscritas en Castilla, mientras el reino estuviese en guerra contra los musulmanes.

Abu Abd Allah Muhammad Ibn Ya'qub, califa almohade conocido como *Miramamolín*, tras la ruptura de la tregua en 1209 se dispone a preparar sus ejércitos para una guerra a gran escala en al-Ándalus. Así, en 1211 provenientes de Marrakech se establecen en Sevilla y toman Salvatierra, paso estratégico en el camino hacia Toledo.

Fue el 31 de enero de 1212 cuando Inocencio III proclamó la Cruzada haciendo un llamamiento incluso a los obispos del sur de Francia. En abril de ese mismo año el pontífice dicta un nuevo mandato llamando a aparcir las diferencias entre los reinos hispanos en orden a combatir a los musulmanes. El Papa exhorta a los obispos del sur de Francia a que animen a sus súbditos a apoyar la empresa castellana contra los almohades, que se convoca en la octava de Pentecostés (20-27 mayo) en Toledo. Proclamó tres días de ayuno a pan y agua y celebró solemnes rogativas. Todo indicaba que iban a luchar en batalla decisiva dos pueblos y dos civilizaciones; la fe en Cristo contra el islam.

Los ejércitos

LA magnitud de las fuerzas que se estaban aprestando en ambos ejércitos, de dimensiones excepcionales para la época, unos treinta mil en total, anunciaba que el combate iba a ser arduo.

Cristianos y musulmanes buscan el choque definitivo, la batalla campal que, a juicio de Dios, certifique la supremacía de los seguidores de Cristo o de Mahoma, El sentido de cruzada animado por el espíritu de la Reconquista hispánica y la amenaza almohade sobre la frontera castellana, puede explicar la dinámica bélica que propició la campaña de 1212 y desembocó finalmente en la batalla de Las Navas de Tolosa.

Todo esto hizo que en la primavera de 1212 en Toledo se reuniesen las distintas fuerzas cristianas procedentes de la península y de tierras francesas. El contingente humano era muy complejo y heterogéneo: aglutinaba nobleza feudal castellana, milicias de los concejos y villas del reino, maestros de las órdenes militares de Santiago, Calatrava, El Temple, Hospital y Huclés, las huestes del arzobispo de Toledo y de los obispos de Osmá, Plasencia, Ávila y Sigüenza. Los reyes de León (Alfonso IX) y Portugal (Alfonso II) no acudieron al llamamiento pero ambos soberanos permitieron a sus vasallos acudir a título personal. El rey Pedro II de Aragón acompañó acompañado por lo más granado de la nobleza aragonesa y catalana entre los que se encontraban los condes de Rosellón, Cerdeña, Ampurias y los vizcondes de Cervera y Cardona. También Sancho VII de Navarra se unió acompañado de doscientos caballeros.

El contingente ultramontano era el más numeroso, de los que acudieron a la llamada del papa Inocencio III predicando la cruzada contra el islam.

La hueste cristiana partió de Toledo dividida en tres cuerpos: el primero, compuesto por extranjeros a las órdenes del capitán Diego López de Haro, señor de Vizcaya, con diez mil caballos y cincuenta mil infantes. Le siguen a corto plazo el rey de Aragón Pedro II con sus huestes, acompañados de sus mejores hombres de armas. El tercer grupo mandado, en nombre del rey de Castilla, por Gonzalo Rodríguez Girón con sus cuatro hermanos.

Después de la toma de Calatrava, hicieron retirada gran parte de los ultramontanos, quedando sólo el arzobispo de Narbona y el noble Teobaldo de Blazón, con su gente de Poitou. Esta retirada tuvo su origen en que los cruzados extranjeros, acostumbrados a la guerra de exterminio practicada contra los albigenses, no estuvieron de acuerdo con el sistema de Alfonso VIII de conservar los castillos que pudiese ganar y no entregar al pillaje las plazas con-

quistadas. La inquietud que esta marcha podría causar en el ejército cristiano quedó menguada al sentir con menos fuerza la falta de provisiones.

Pero si la hueste cristiana era muy diversa, la composición del ejército almohade aún lo era más. Los autores de la época cifran entre veinte mil y treinta mil soldados las fuerzas que el califa logró concentrar en Sevilla.

El núcleo central de este ejército estaba integrado por las cábilas almohades, reforzadas por otras tribus bereberes magrebíes: los cuerpos de caballería ligera de las tribus árabes, las experimentadas tropas de caballería pesada e infantería de los gobernadores y caídes andalusíes, los escuadrones turcos de arqueros a caballo, compañías de arqueros a pie, así como el cuerpo de voluntarios que acudieron a la llamada de la guerra santa contra el infiel.

La batalla

EL 20 de junio salió la vanguardia militar de los cristianos en dirección a Sierra Morena, que alcanzaron poco después de un mes tras tomar a su paso las fortalezas de Malagón, Calatrava la Vieja, Alarcos, Piedrabuena, Benavente, Caracuel y El Ferral...

El día 12 de julio ya veían el campamento enemigo, pero les separa de ellos el gran desfiladero de Losa, protegido por la avanzada de Miramamolín. Grande era el peligro del ejército cristiano, que no tenía más remedio que atacar, pero hacerlo por el desfiladero era lanzarse a una muerte segura. Y este barranco era «*áspero y difícil*», escribe el rey Alfonso. Las posiciones se mantuvieron estables en ambos frentes y estaban ya los tres reyes acordes en acometer tan ardua empresa. El 13 de julio, por mediación del noble catalán Dalmacio de Creixell, un pastor que dijo llamarse Martín Halaja, «*enviado de Dios*», le indicó al rey Alfonso un sendero alternativo llamado actualmente «*Paso del Rey*», a través del cual, previo envío de un destacamento, el ejército cristiano, con gran sorpresa de los enemigos, pudo, el 14 de julio, acampar en el pasaje que queda encuadrado entre la explanada de la Mesa del Rey y Las Navas de Santa Elena, donde estaban enclavados los musulmanes. Tras algunas escaramuzas el lunes 16 de julio tuvo lugar la lid.

Estas escaramuzas del día 15 julio sirvieron a las tropas cristianas para darse cuenta de que las fuerzas ligeras almohades podrían causar graves daños en su ejército, formado por milicias concejiles inferiores en solidez y disciplina. Para evitar esto interpuso entre las tropas de las ciudades núcleos de sus mejores caballeros, medida acertada que contribuyó a dar solidez a sus ejércitos.

El día 15 de julio, domingo, a media noche todo el ejército tomó parte en los oficios divinos, recibiendo los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Jiménez de Rada, presente en la batalla y conocido historiador de la época, escribe: «*confesáronse y tomando el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarneciéndose de todas sus armas como era menester.*»

La estrategia de combate almohade, al contar con unas fuerzas tan variadas, consistía en una fuerza central sólida destinada a frenar las acometidas del enemigo, mientras las caballerías ligeras árabes lanzaban rápidos ataques y contraataques destinados a rodear el ejército enemigo y atacarlo por la retaguardia. Si esta táctica había triunfado en algunas de las victorias del pasado, fracasaría estrepitosamente en la mañana del 16 de julio de 1212.

El ejército de Miramamolín desplegó en primer término las tropas ligeras de árabes y algunas tribus bereberes, en segunda línea los voluntarios de todo el imperio, en tercera línea estaban los almohades y más a retaguardia, la guardia de Miramamolín con sus grandes dignatarios, dentro de un palenque formado de estacas unidas por las gruesas y famosas cadenas.

El ejército, al mando de Don Diego, desbarató prontamente las avanzadas enemigas, yendo a chocar con la segunda línea que tras un impetuoso esfuerzo también desbancaron. El ejército almohade, por su parte, también puso en un grave apuro a los cristianos al chocar contra la segunda línea –que hubiese sido arrollada– si el rey de Castilla no decide hacer un esfuerzo supremo acudiendo con todas las tropas que quedaban disponibles.

Refiere la crónica que al llegar los musulmanes cerca de donde estaban el Rey y el arzobispo Don Rodrigo y cundir el desaliento dijo el rey: «*Arzobispo, arzobispo, yo é vos aquí muramos.*

– *Non quiera Dios que aquí murades*, le respondió el obispo, *antes aquí habedes de triunfar de los enemigos*

– *Pues vayamos apriesa* –respondió el rey– *a correr a los de la primera haz que están en grande afincamiento*, y

desoyendo a Fernán García que intentaba detenerle, seguido el canónigo de Toledo Domingo Pascual, que dio al aire el pendón del arzobispado, tras el cual se lanzaron en tromba arrolladora todos los obispos, caballeros y soldados que con el rey estaban. Lo mismo hacen los reyes de Navarra y Aragón, en especial las tropas de Dalmacio de Creixell, que logran que el enemigo salga en desbandada.

De este modo consiguen los cristianos rechazar a los almohades y caer sobre ellos, y al levantarse la espesa niebla que cubría se encontraron frente a la



Batalla de Las Navas de Tolosa, de Van Halen

tienda donde se había hecho fuerte Miramamolín, allí donde su guardia enlazada por cadenas opuso fuerte resistencia, y haciendo un último esfuerzo saltaron sobre ella el rey de Navarra por un lado y por el otro Álvaro Núñez de Lara.

Derrocado el califa se lanzó el ejército cristiano en persecución de las tropas almohades que huían en desbandada.

Conclusiones

LA tradición hispánica siempre ha visto en estos hechos que rodean la batalla de Las Navas de Tolosa –el pastor que señala el camino, las escaramuzas esclarecedoras de las fuerzas enemigas– la mano de la Providencia divina en la historia en el camino de expulsar al enemigo de la fe de nuestras tierras.

Hay que destacar sobre todo que en la batalla de Las Navas de Tolosa, la mayor parte de los reinos hispánicos, en medio de sus luchas políticas están

unidos en esta empresa: la lucha por la fe en Cristo, fuente de la verdadera unidad entre los reinos.

Los hechos históricos protagonizados por los reinos hispánicos en esta batalla han hecho que su recuerdo llegue hasta nuestros días: desde la tienda de seda y oro del Emir, enviada al Papa para la basílica de San Pedro, hasta las cadenas que rodeaban la tienda de Miramamolín, que obtuvo el rey de Navarra y que desde entonces figuran en el escudo de Navarra, y en representación de ésta en el escudo de España, así como Burgos conserva la bandera del Rey de Castilla y Toledo los pendones ganados a los infieles.

Los historiadores árabes posteriores al siglo XIII ven en la batalla de Las Navas de Tolosa el principio del ocaso del imperio almohade, llamándola en las crónicas la batalla de *Al-Ycab*, que significa el «desastre».

La batalla de Las Navas de Tolosa, junto con la del Salado, se puede considerar de las más memorables en la historia de España, y podemos decir que en ellas se decidió el triunfo de Cristo sobre la Media Luna.



Dos conmemoraciones

JUAN MANUEL DE PRADA (ABC, ed. de Sevilla, de 16 de julio de 2012)

Vaya por delante que abomino de las conmemoraciones históricas (al menos, tal como hoy se celebran), pues sólo son una excusa para el fasto inane y la mamandurria de los «intelectuales» orgánicos. Pero las respectivas conmemoraciones que en este año han merecido dos acontecimientos históricos como son la promulgación de la Constitución de Cádiz y la batalla de Las Navas de Tolosa nos sirven para entender un poco mejor el grado de postración y acabamiento en el que se halla inmersa nuestra patria. La Constitución de Cádiz fue celebrada con algarabía pomposa; la batalla de Las Navas de Tolosa, por el contrario, ha sido silenciada concienzudamente, como se silencian las enfermedades vergonzantes o las taras hereditarias.

En Cádiz, mientras los patriotas se batían con denuedo contra el invasor francés, los señoritos liberales se juntaron para promulgar una constitución que consagraba las mismas ideas que Napoleón trataba de imponernos con la sangre. Para ello, convocaron unas Cortes fraudulentas, atribuyéndose una representación popular de la que carecían, y orquestaron una feroz campaña de propaganda que incluyó la contratación de una «claque» mercenaria que hizo imposibles las discusiones. De aquel aquelarre rabiosamente antipopular (¡pintado después como un dechado de democracia por sus turiferarios!), en el que hombres eximios como Jovellanos no quisieron participar por considerarlo una pantomima, saldría una constitución que podríamos calificar de nonata, si no fuera porque vista con perspectiva histórica puede considerarse el hito inaugural (mojón, más bien) de los muchos males que a partir de entonces afligirían a nuestra patria: pérdida de las Españas de Ultramar, asonadas de militarotes liberales, guerras civiles urdidas para someter a un pueblo que se negaba a aceptar tesis contrarias a su tradición política, etcétera. Así hasta llegar a nuestros días, en los que disfrutamos opíparamente de los lodos que trajeron aquellos polvos gaditanos en los nacionalismos vasco y catalán, incomprensibles sin el concepto de «autoridad soberana» emanado de las constituciones liberales.

En Las Navas de Tolosa, los diversos reinos hispánicos se coaligaron para batallar contra el invasor almohade, atendiendo el llamamiento a la cruzada realizado por el papa Inocencio III. A este llamamiento acudieron con sus huestes los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, acudieron las tropas señoriales, las mesnadas concejiles y las órdenes militares, que solicitaron batallar en vanguardia, junto



«Pendón de Las Navas de Tolosa», adorno de la tienda de Miramamolín que se conserva en el monasterio de las Huelgas Reales

al vasco Diego López de Haro. Aquella sí fue una empresa colectiva, en la que el pueblo combatió al lado de sus reyes y señores (muy distinta de la traición urdida de espaldas al pueblo por los liberales en Cádiz), que dieron ejemplo de arrojo y valentía, encabezando la carga contra la morisma al grito de «¡Aquí se viene a morir!». En Las Navas de Tolosa, donde las tropas almohades duplicaban en número al ejército cristiano, los invasores fueron sin embargo expulsados. Aquella sangre derramada de cristianas venas nos libró de un destino de esclavitud oprobiosa; y fue, seguramente, la batalla más decisiva de nuestra Reconquista.

Hoy aquella empresa colectiva en la que nuestros antepasados repelieron el avance musulmán es silenciada por los mismos que conmemoran con alborozo las Cortes de Cádiz, donde cuatro señoritos vendieron la primogenitura de España por un plato de lentejas revolucionarias. Es lógico que así sea: la España reducida a papilla que no se atreve a conmemorar aquella batalla de Las Navas de Tolosa tampoco sería capaz de librarla.

Recordemos Las Navas

RAFAEL SÁNCHEZ SAUS (*Diario de Sevilla*, 23 de julio de 2012)

Tapiz de la batalla de Las Navas de Tolosa (Palacio de Navarra, Pamplona)



Con mucha más pena que gloria, en casi absoluto silencio, ha transcurrido la fecha del VIII centenario de la batalla de Las Navas de Tolosa, sin duda la más decisiva de todas cuantas se dieron a lo largo de la Reconquista y quizás una de las más trascendentes por sus consecuencias de toda la historia de España y de Europa. Una batalla que destruyó el poder del fanático imperio almohade, rompió definitivamente el inestable equilibrio entre cristianos y musulmanes en España, hizo posible la conquista castellana de Andalucía en las décadas siguientes y permitió la plena integración de la península ibérica en el marco geohistórico de la civilización occidental.

Pero es que la batalla de Las Navas, más allá de sus efectos hispánicos, se vivió como un acontecimiento de alcance mundial, en el que toda la cristiandad se sintió involucrada, sin duda porque el peligro que entonces se conjuró amenazaba a toda ella tras el ya inevitable fracaso de la aventura cruzada en Oriente. Tiempo después, cuando el poder turco, remontando el Danubio, llegó hasta las puertas de Viena, pudo apreciarse de nuevo el valor providencial de que el islam no pudiera contar con una base firme en España desde la que atenuar Europa.

¿Se salvó Europa, pues, en Las Navas? La superioridad de una civilización no se juega en

una jornada, sino en el día tras día que acumula hallazgos, dinamismos intransferibles y valores nuevos. Pero antes es necesario que se haya garantizado el mundo en que deben desarrollarse. Sin Las Navas, España no habría sido plenamente Europa y ésta nunca hubiera respirado tranquila en su frontera sur. Y para qué hablar de Andalucía, que no hubiera dejado de ser un apéndice de los tiránicos poderes norteafricanos a los que desde el siglo XI estaba sometida.

Es penoso que todo esto se ignore o, peor aún, se oculte por un sentimiento vergonzante, ideologizado y torpemente oportunista de la propia historia. Sorprende una vez más la escasa sensibilidad del pueblo español y de las autoridades ante su pasado, el deseo inocultable de borrar la conciencia de qué somos, por qué lo somos y a qué lo debemos. No hubiera habido un futuro europeo para España en el caso de que los reyes unidos de Castilla, Aragón y Navarra, con ayuda de portugueses y franceses, hubieran fracasado aquel venturoso 16 de julio de 1212.

España no es Europa porque haya firmado unos tratados y pongamos una bandera azul en los balcones de los ayuntamientos, sino por días como el famoso lunes de Las Navas que, tan en solitario, quiero recordar en este Envío.

1213: Pedro II de Aragón y la cruzada contra los albigenses

GERARDO MANRESA PRESAS

La herejía albigense

EL *maniqueísmo*, dice Menéndez y Pelayo, en tiempo del emperador Heraclio, el siglo V se sostuvo en Armenia gracias a un tal Paulo (de ahí su nombre *paulicianos*) hasta que la emperatriz Teodora, regente en la minoría de edad de Miguel III quiso someterlos y destruir la herejía. Se refugiaron, más tarde, entre los musulmanes y volvieron más tarde a luchar contra el Imperio a finales del siglo IX.

Los *paulicianos* enviaron predicadores a Tracia y Bulgaria y desde allí se comunicó la herejía a las naciones latinas. Precisamente hacia el apocalíptico año 1000 empezaron a aparecer los maniqueos en Orleans, Aquitania y Tolosa. Procedían de Italia donde les llamaban *cátaros* (puros) por su severidad de costumbres. La creciente comunidad cátara fue condenada en los sínodos de Charroux (Vienne) y de Tolosa (1056). Negaban la realidad del cuerpo humano de Jesucristo, la transustanciación, el poder del bautismo para perdonar los pecados, pensaban mal del Señor del universo, es decir, de Jehová del Antiguo Testamento, creador y conservador del mundo y condenaban el matrimonio y la comida de carnes. Dos canónigos de Orleans y una italiana eran sus dogmatizadores. El rey Roberto procedió con severidad contra ellos y llegó a condenar al fuego a algunos. Pocos años después se muestra un foco de herejía en Tolosa. Se celebró allí un Concilio, en tiempo de Calixto II para condenar sus doctrinas, anatemas confirmados en el Concilio de Letrán por Inocencio II. A mediados del siglo XI, el emperador Enrique IV castigó a los *cátaros* de Goslar, una ciudad de Suabia. A principios del siglo XII aparecen en Colonia. El crecimiento de la comunidad cátara en estos años fue debida sobre todo, no a sus creencias sino a causa de la desordenada vida que llevaban los sacerdotes, cosa que hacía admirar de la austeridad de vida que predicaban los perfectos, una predicación antisacerdotal en el fondo.

Hacia 1150 en el Delfinado y en Tolosa aparecen predicando la herejía Pedro de Bruys y Enrique y saliendo en defensa de la fe Pedro el Venerable y san Bernardo. En Occidente tenían diecisiete iglesias, en Tolosa, Cahors y Albí. Esta última ciudad acabó de dar el nombre a la secta, los *albigenses*.

En 1167 el antipapa de esta secta, el búlgaro Nicolás, llegó a Tolosa donde celebró una especie de conciliábulo con diversos obispos de la región y organizó e hizo la paz entre sus seguidores, pues estaban muy divididos.

Los cátaros o albigenses se dividían en dos clases, los *elegidos* o *perfectos* y los *iniciados* o *creyentes*. Perdonaban los pecados de una manera mágica, es decir, por medio de cierta imposición de manos llamada *consolamentum*. No exigían el arrepentimiento, pero imponían a los iniciados la obligación de una vida austera y exenta de pecado. Como esto no era fácil y ellos no admitían la gracia del Espíritu Santo, la caída después del *consolamentum* era una prueba de que había sido nulo. Como esto era frecuente entre los consolados, y destruían su teoría, los perfectos decidieron no conceder el *consolamentum* más que en raras excepciones, en peligro de muerte o incluso a los que prometían ponerse *in endura*, es decir, que se diesen la muerte, ya por no comer alimento, ya por desangrarse.

En 1147 en un sínodo celebrado en París, el papa san Eugenio III confiere amplias atribuciones a san Bernardo y a dos obispos más para restablecer la paz eclesiástica y asegurar el orden social.

Pedro el Venerable reduce a cinco los errores de Pedro de Bruys: negar el bautismo a los niños, la eficacia de la Eucaristía, ser iconoclastas y enemigos de la cruz y condenar los sufragios por los difuntos. San Bernardo añade a ellos el rechazo del matrimonio y la comida de carne. Finalmente debe indicarse que para los *albigenses* el mundo no había sido creado por Dios, sino por el demonio, y consecuencia de ello es que también la Iglesia era creación satánica. Al igual que los antiguos *gnósticos*, los *albigenses* eran una secta misteriosa que ocultaban sus dogmas, sobre todo en cuanto al origen del mal.

Al desarrollo de la herejía albigense en la Provenza concurrieron el universal desorden de costumbres, especialmente manifestada en las audacias de las poesías de los trovadores, la ligereza y el menosprecio con que allí se trataban las cosas más santas, las tribulaciones de la Iglesia y los desórdenes del clero. A todo ello, como causa del desarrollo de la herejía, dice Menéndez y Pelayo que debe tenerse en cuenta la eterna rivalidad entre la Francia del Norte, semigermánica, y la del Mediodía.

Ya en 1177 el conde de Tolosa, Raimundo V, ponderaba en el V Concilio de Arlés los desastres que causaba la herejía: «Ha penetrado por todos lados, ha traído la discordia en todas las familias, separa al marido de la mujer... al hijo del padre... los templos están desiertos y caen en ruinas.» Una ola de locura se extendió entre la burguesía del Languedoc y su hijo, Raimundo VI, nieto de uno de los campeones de la primera cruzada, caería en la herejía albigense.

En el año 1179, en el Concilio de Letrán, XI Ecuménico, en tiempo de Alejandro III, predecesor en la Santa Sede de Inocencio III, el canon 23 anatematiza y condena «a aquellos que simulando apariencia de religiosidad, condenan el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, el bautismo de los niños, el sacerdocio y demás órdenes eclesiásticas, así como los pactos de las legítimas nupcias» y en el canon 27 «invita a los soberanos a que reduzcan a los rebeldes al estado de servidumbre y encargando a los fieles que se armen contra ellos para evitar sus estragos». Se organizó una pequeña cruzada contra el vizconde de Béziers, Roger II, pero tuvo poco éxito. El nuevo papa Inocencio III se propuso combatir la herejía enérgicamente hasta su extirpación. En primer lugar se debía predicar la conversión, no el exterminio. Envió un legado, Pedro de Castelnau, y a los inquisidores Reneiro y Guido pero al poco tiempo se descorazonaron ante la escasa eficacia de sus predicaciones y disposiciones, pasando a excomulgar y expulsar del país a los herejes y solicitar el auxilio del brazo secular.

Santo Domingo y el obispo de Osma, Pedro de Acebes

EN 1205 el obispo de Osma, D. Pedro de Acebes y un canónigo, D. Domingo de Guzmán, yendo a Roma, como embajadores extraordinarios para concertar la boda del príncipe Fernando de Castilla, más tarde Fernando III, pasaron por el Languedoc y la Provenza y pudieron observar la alarmante situación espiritual de dichas regiones, fundamentalmente el abandono espiritual, en que estaban sus habitantes, por causa de los sacerdotes, y el avance de una herejía que mostraba externamente una austeridad y vivencia mucho más atrayente para la población. De vuelta de Roma, llevados de su celo por la pureza de la fe católica, tanto el obispo como santo Domingo, llegados cabalgando sobre ricos corceles y seguidos por una rica escolta, renunciaron a todo ello, enviando de vuelta a España todo su seguimiento, equipaje y corceles y permanecieron pobremente en la región colaborando con los legados del Pontífice para ejercer un apostolado que permitiera asistir espiritualmente a la población y con-

vertir aquellos herejes. Formaron un grupo de predicación que imitaba las costumbres de los cátaros, viviendo pobremente, sin criados ni posesiones. Muerto el prelado de Osma, en 1207, santo Domingo permanece en el Languedoc para dedicarse completamente a dicho apostolado. En 1208 funda en Prouille, cerca de Carcasona una comunidad de religiosas que se dedican a la instrucción de niños. En la guerra que se inició este mismo año, santo Domingo desligó su causa de la de los guerreros pero su labor apostólica no tuvo, de momento, el fruto esperado, pues los ánimos en aquellos años estaban muy exaltados y no pudo impedir la lucha armada. Para poder proseguir con más austeridad su labor de conversión del pueblo rehusó los obispados de Béziers y Comminges.

Pedro II ante la herejía valdense

LA postura de Pedro II contra la herejía, dice Menendez y Pelayo, era muy clara. «Don Pedro fue el héroe entre los héroes de la batalla de Las Navas» y estaba muy lejano de la herejía. En 1197 había fulminado severísimas penas contra los cataros, valdenses y pobres de León venidos del Languedoc y la Provenza a difundir sus errores por Cataluña. Dirige cartas a «todos los arzobispos, obispos, prelados, rectores, condes, vizcondes, vegueres, merinos, bailes, hombre de armas y burgueses, etc., de su reino para anunciarles que (...) separen a los herejes del gremio de la Iglesia y manda salir del reino a todos los valdenses, pobres de León y a todos los demás de cualquiera secta o nombre como enemigos de la cruz de Cristo, violadores de la fe católica y *públicos enemigos del rey y del reino.*»¹ Les intima a que lo hagan antes del Domingo de Pasión y si alguno fuere encontrado después, que sea quemado vivo. Anima a denunciarlos con el premio de parte de la hacienda del hereje. El que se negare a perseguirlos incurrirá en enemistad del rey y si alguno después de esta fecha «osara recibir en su casa a los valdenses u oír sus funestas predicaciones, o darles alimento o algún otro beneficio, o defenderlo o prestarles asenso en algo, caiga sobre él la ira de Dios omnipotente y la del señor rey, y sin apelación sea condenado como reo de lesa majestad y confiscados sus bienes. «Don Pedro añade a eso que si alguno descubre en su reino un hereje y los mata no deberá temer ningún castigo y merecerá su gracia.»

Esta Constitución se dio en Gerona en presencia

1. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, lib. III, cap. II, p. 212, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947.

de todos los arzobispos y obispos y altos mandatarios de Cataluña.

Desde mediados del siglo XII, la herejía albigense iba extendiéndose por el Languedoc y, aunque Raimundo V era un declarado enemigo de los cátaros, su hijo Raimundo VI, que sucedió a su padre en 1194, fue muy complaciente con ellos. Raimundo VI temió en los primeros años una posible cruzada, como la de Beziers contra Roger II, y a pesar de su gran enemistad con los reyes de Aragón, ser viudo por dos veces y haber repudiado dos mujeres, en 1204, contrajo matrimonio con Elionor, hermana de Pedro II, rey de Aragón, para una posible alianza en caso de guerra. Balduino, hermano de Raimundo VI, era un ferviente católico y, como su padre, declarado enemigo de los cátaros. Pedro II aceptó el enlace pensando en una expansión catalano-aragonesa por el sur de Francia.

En febrero de 1204, estando ya en plena efervescencia la actividad albigense, Pedro II, cumpliendo las instrucciones papales, reunió un coloquio religioso en Carcasona en donde confrontó a los perfectos, como los sacerdotes de los herejes, con los legados pontificios, Pedro de Castelnau y los inquisidores, intentando llegar a establecer acuerdos para la reversión de la situación. Pocos meses después el conde-rey va a Roma a coronarse y después de jurar fidelidad al Romano Pontífice, pone todo su reino bajo el vasallaje del Papa.

La cruzada en la Provenza

RAIMUNDO VI, conde de Tolosa, se negaba a ayudar a los inquisidores en la persecución de la herejía y lanzaba a sus vasallos contra las iglesias y monasterios. El legado pontificio Pedro de Castelnau fue asesinado por un sicario suyo en enero de 1208. Ello motivó la excomunión del conde de Tolosa y ante estos hechos cada vez más alarmantes el papa Inocencio III levantó a sus súbditos el juramento de fidelidad y mandó predicar la cruzada contra los albigenses.

El papa Inocencio III pidió al rey de Francia, Felipe Augusto que tomara la iniciativa de la misma para expulsar a los herejes y confiscar sus bienes, de sus dominios en la Francia meridional y también en la Provenza y el Languedoc, con la gran ventaja, respecto a las cruzadas de Tierra Santa, de que no tenían que ir hasta el otro extremo del Mediterráneo. El rey francés no acudió, pero permitió que sus barones lo hicieran, pues era una pretensión secular de la Francia septentrional el dominio de la Francia meridional. Simón de Montfort, pequeño señor de la Isla de Francia, encabezó la cruzada contra los herejes del mediodía de Francia, el Languedoc.

Inocencio III, aunque había recibido de Pedro II el homenaje de vasallaje no le solicitó a él que tomara la iniciativa de aquella cruzada pues veía claro que, con el parentesco que le unía con el rey de Provenza y el conde de Tolosa, era difícil que pudiera tener una actuación muy enérgica contra sus súbditos y parientes.

«Cincuenta mil guerreros tomaron la cruz, dice Menéndez y Pelayo, la Francia del Norte, enemiga inveterada de los meridionales, vio llegada su hora de vengar sus ofensas y redondear su territorio. Raimundo, juzgando imposible la resistencia, imploró perdón del Legado, se sometió a penitencia, en camisa y con una cuerda al cuello, y fue absuelto, con obligación de unirse a los cruzados. Prosiguieron éstos su camino, haciendo en Béziers horrorosa matanza y sangrientas ejecuciones en Carcasona (1209). Por los albigenses lidiaba el conde de Foix, mientras que Raimundo de Tolosa acudía a Roma en demanda de justicia; y pareciéndole duras las condiciones impuestas a su penitencia, se lanzaba en rebelión abierta con el apoyo de sus deudos, y era de nuevo excomulgado y desposeído de sus Estados por sentencia pontificia. Simón de Montfort, que se había propuesto heredarle, mostró a las claras sus ambiciosas miras, disimuladas antes con capa de piedad y aterrados los señores de Provenza, se pusieron de lado de Raimundo en aquella contienda, ya más política que religiosa. Inútilmente se opuso el papa Inocencio III a los atropellos de Montfort, y le exhortó a restituir lo mal adquirido, puesto que la condenación de Raimundo no implicaba la de sus herederos. La guerra continuó con desusada y feroz crudeza, y Simón tuvo que levantar el cerco de Tolosa.»²

Tras la conquista de Carcasona, se reunieron en Montpellier, en febrero de 1211 el rey don Pedro, el conde de Tolosa, con Simón de Montfort y los legados del papa. Se exigía a Raimundo que echara a los herejes de sus dominios, y su marcha a Tierra Santa. El rey don Pedro, allí presente, tomó partido de poner guarnición aragonesa en la ciudad de Foix y todo lo que dependía de su corona y a no hostilizar al ejército cruzado. Se comprometió además a entregar al conde de Foix si en el plazo dado no volvía a la religión católica. El rey y Simón de Montfort concretaron en dicha reunión que su hijo se casaría con la hija de Montfort y así le entregó a su hijo Jaime de tres años de edad, que estaba bajo la tutela de su madre María de Montpellier, para que cuidara de su educación.

Don Pedro de Aragón, que no era nada sospecho-

2. Id. lib. III, cap. II, p. 216.



Inocencio III (izquierda) proclama la cruzada. Simón de Montfort (derecha) dirige las fuerzas cruzadas

so en su defensa de la fe y hubiera quemado vivo a cualquier albigense, emparentado con los condes de Tolosa y Foix, viendo invadido los territorios suyos y de sus cuñados, juzgó oportuno no interponerse en la contienda a favor de los condes de Tolosa y Foix y lo hizo únicamente con carácter de mediador. Suplicó al Papa por su cuñado Raimundo e Inocencio III oyó benignamente sus ruegos, pero la actitud de Simón de Montfort y los legados hicieron cambiar la postura del Papa. Posteriormente abandonó la situación de la cruzada en sus posesiones del sur de Francia para unirse a la cruzada predicada en España para la guerra contra los almohades, 1212.

En el año 1213, se celebró un Concilio en Lavaur, presentándose el rey Pedro II a defender de palabra a sus vasallos y amigos provenzales; pero viendo la obstinación de Montfort en pretender apoderarse de las tierras conquistadas en el Languedoc y a pesar de que su hijo Jaime estaba en manos de su enemigo, no vio otra solución más que las armas.

«Don Pedro II de Aragón, escribe Milá y Fontanals en su libro *Los trovadores en España*, el príncipe más encumbrado y poderoso de la tierras en que se hablaba la lengua de Oc: cuñado de los condes de Tolosa, Ramón VI y VII, hermano de Alfonso de Provenza, pródigo y mujeriego, pero activo y bizarro, por sus parentescos, por sus cualidades y por sus defectos, debió ser el ídolo de las gentes cortesanas del medio-

día de Francia.»³ La presión que la burguesía del mediodía de Francia hacía para que el rey interviniera en defensa de sus súbditos era expresada por los cánticos de los trovadores occitanos, que casi todos se pusieron a favor del conde Raimundo y a favor de los herejes. A pesar de las amonestaciones del papa Inocencio III, de las de santo Domingo, del descontento de sus vasallos, de los poemas de Guillermo de Tudela que incitaban a pactar con los franceses, el carácter trovadoresco de un joven rey, recién salido como un héroe, de una gran victoria como Las Navas de Tolosa, y la defensa de sus tierras, pudieron más que todas las otras razones. Así el 16 de setiembre de 1213 don Pedro II, el Católico, cayó derrotado en la batalla de Muret por los cruzados bajo el mando de Simón de Montfort.

La predicación de santo Domingo

DICE Menéndez y Pelayo, «Resumamos, la herejía fue lo de menos en la guerra de Provenza. Domina allí un indiferentismo de mala ley, mezclado con cierta animosidad contra los vicios reales o supuestos de la clerecía. Había una poderosa tendencia a constituir una nacionalidad meridional, que quizá hubiera sido provenzal-catalana, tendencia siempre resistida por los francos.

3. Id. lib. III, cap. II, pag. 212.

Bastaba una chispa para encender el incendio y la chispa fueron los cátaros.»⁴

Aunque Menéndez y Pelayo juzgue así la cruzada albigense, no puede dudarse de la importancia que tuvo dicha cruzada para la reversión de la herejía; otra cosa es que la Francia del norte aprovechó, sin duda, esta guerra para dominar y hacerse con el territorio del Languedoc y la Provenza.

El principal problema que hacía que los habitantes del Languedoc, especialmente los burgueses y la aristocracia, tendieran hacia la herejía era, tal como dice Menéndez y Pelayo, la irregular vida de los sacerdotes y de la clerecía, falta de austeridad de su vida, en contradicción con la vida de pobreza de los habitantes de la región, pero no una aceptación clara de la doctrina albigense. Tal como se ha dicho, santo Domingo se instaló en la región de Toulouse para dar ejemplo e instruir a los sacerdotes en una vida digna de un ministro del Señor. Ello fue difícil antes de la cruzada, sin ayuda de las autoridades, pero una vez los príncipes herejes fueron derrotados y substituidos por las nuevas autoridades católicas la labor de santo Domingo tuvo un fruto muy grande y en pocos años la herejía albigense fue perdiendo fuerza ya fuera por la expulsión de los burgueses, principales seguidores albigenses, ya por la labor de predicación de santo Domingo, especialmente entre el pueblo sencillo y fiel.

Después de Muret, Domingo regresó a Carcasona, donde reanudó su predicación con un éxito mayor. No retornó a Tolosa hasta 1214. En este intervalo el influjo de su predicación y la santidad eminente de su vida habían convocado a su alrededor una partida de devotos y entusiastas discípulos que le seguían por dondequiera que les llevara. Santo Domingo no había olvidado en ningún momento su propósito, hecho once años atrás, de fundar una orden religiosa para combatir la herejía y propagar la verdad religiosa. La época parecía ahora propicia para la realización de ese proyecto. Con la aprobación del obispo de Tolosa, Foulques, comenzó a organizar el pequeño equipo de seguidores. Para que Domingo y sus compañeros pudieran disponer de una fuente de ingresos fija, Foulques le hizo capellán de Fanjeaux y en julio de 1215 estableció canónicamente la comunidad como congregación religiosa de su diócesis, cuya misión era la propagación de la doctrina verdadera y la recta moral, así como la extirpación de la herejía. En este mismo año, Pedro Seilan, acaudalado ciudadano de Tolosa que se había puesto bajo la dirección de santo Domingo puso su propia y cómoda residencia a la disposición de éste. De este modo el 25 de abril de 1215 se fundó el primer convento de la Orden de Predicadores. Ellos, empero,

4. Id. lib. III, cap. II, p. 208.

residieron allí un solo año, pues Foulques los estableció en la iglesia de San Romano. Aunque esta reducida comunidad había probado ampliamente la necesidad de su misión y la eficiencia de su servicio a la Iglesia, estaba todavía lejos de cumplir totalmente las aspiraciones de su fundador.

El santo Rosario

EL instrumento más importante que utilizó santo Domingo para la conversión de los herejes y para la revitalización de la religión católica en el Languedoc, fue sin duda el rezo del santo Rosario.

Según dice la tradición, cansado del poco fruto que obtenía con sus predicaciones se retiró a un bosque próximo a Fanjeaux a orar y hacer penitencia. Tras tres días de retiro en este lugar, se le apareció la Santísima Virgen acompañada de tres princesas del cielo y le dijo:

«¿Sabes tú, mi querido Domingo, de qué arma se ha servido la Santísima Trinidad para reformar el mundo?

- *Oh, Señora*, respondió él, *vos lo sabéis mejor que yo, porque después de vuestro Hijo Jesucristo fuisteis el principal instrumento de nuestra salvación».*

Ella añadió: *«Sabe que la pieza principal de la batería fue la salutación angélica, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Por tanto si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, reza mi salterio».*

La Virgen reveló: *«Sólo si la gente considera la vida, muerte y gloria de mi Hijo, unidas a la recitación del avemaría, los enemigos podrán ser destruidos. Es el medio más poderoso para destruir la herejía, los vicios, motivar a la virtud, implorar la misericordia divina y alcanzar protección. Los fieles obtendrán muchas ganancias y encontrarán en mí a alguien siempre dispuesta y lista para ayudarles.»*

Santo Domingo contaba que vio a la Virgen sosteniendo en su mano un rosario y que le enseñó a recitarlo; dijo que lo predicara por todo el mundo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias. El Santo se levantó muy consolado y abrasado de celo por el bien de estos pueblos, entró en la catedral y explicó con tanto fervor y entusiasmo la excelencia del Santo Rosario, que los moradores le abrazaron casi todos, renunciando a sus errores, viéndose en poco tiempo, un gran cambio en la vida y costumbres de la ciudad. Desde entonces el rezo del Rosario se extendió por toda la Iglesia.⁵

5. Gerardo Manresa, «El Salterio a través de los siglos», CRISTIANDAD, núm. 903, octubre 2006.

Decálogo de la necesidad del conocimiento histórico

ANTONIO PÉREZ-MOSSO

1. Para no volverse frívolos y pensar que el conocimiento de la historia es innecesario.

2. Para tomarle el peso a la fuerza de las ideas (para el bien y para el mal)

3. Para tener espíritu sobrenatural, que hace entender que de Dios vienen bienes; y que de resistir a su ley y a su Evangelio vienen males, como muestra la historia constantemente. Para entender el mundo en que vivimos y percatarnos de que los males no empezaron ayer (y que, por lo mismo, las cosas son muy complicadas; lo cual ayuda a fortalecer el espíritu sobrenatural, a poner las esperanzas en la bondad de Dios y a operar según su querer, no ligeramente y por puras esperanzas mundanas)

4. Para amar a la Iglesia ayuda mucho el conocer su historia (incluidos en ella también pecados y miserias de los humanos que la componemos).

5. Para entender acerca de los «pecados de la Iglesia», de los que han sido tales pecados y de los que no han sido pero se presentan como tales.

6. Para no quedar seducidos por falsas salvaciones para este mundo, o por la pretensión, de signo contrario, de que aquí, en este mundo, no hay salvación o remedio de ninguna manera.

7. Para que nuestra juventud, que recibe una visión liberal, si no marxista o hegeliana, acerca de la historia, persevere en la fe de sus padres. Para que la juventud conozca que la salvación de nuestra sociedad no viene del liberalismo –que proclama que los excesos de la libertad con más libertad se curan– sino de la obediencia a la Ley de Dios y de la humilde y sincera apertura a la gracia de Cristo.

8. Para captar el sentido de la historia, no hegeliano (de puro despliegue dialéctico de la Idea) o marxista (o de pura dialéctica de lucha de clases), ni puramente cosista –caótico o de confusa amalgama de hechos sin nexo alguno– sino para captar que la clave de la historia es Cristo, hacia quien converge la humanidad entera pese a que lo desconozca o rechace, y que mientras no lo alcance «gime con dolores de parto» (Rm 8,22).

Compete en particular a la teología de la historia el estudio o investigación, con fiel sumisión al magisterio de la Iglesia, de las causas primeras que rigen los hechos de la historia, que son los designios eternos de la Providencia divina. Este estudio de «los signos de los tiempos» se hace a la luz de la Revelación y de sus verdades de carácter histórico, e incluso a la luz de carismas proféticos que Dios suscita en la historia. (Piénsese en especial en la historia de la devoción al Corazón de Jesús, que parte de las revelaciones de Paray-le-Monial a santa Margarita y de la promesa del «reinaré a pesar de mis enemigos», que de Cristo recibe.)

9. En especial, ayuda mucho a conocer el dogma católico el saber sobre la historia de la Iglesia.

10. Para percatarse de que la historia, y en particular la historia de la Iglesia, es en realidad disciplina teológica, dado que el sujeto de la historia son los humanos, seres que abandonados a sí mismos se destruyen, pero que por la misericordia de Dios son redimidos y destinados a la salvación comenzada ya en este mundo y plena en la vida eterna. (Se entiende que para el no creyente la historia no puede ser disciplina teológica, pero para el que conoce la verdad del hombre que nos es revelada en Cristo, por nosotros muerto y resucitado, la perspectiva es del todo más profunda).



Los santos patronos de España

MARÍA DOLORES BARROSO

La Inmaculada Concepción

EL pueblo español siempre se ha caracterizado por la profunda fe de sus gentes y su deseo de evangelización. En mitad de las dificultades de estos tiempos, recordamos con gozo las «glorias de la tradición católica de España» expresada en la devoción de sus Santos Patronos: La Inmaculada Concepción, Santiago Apóstol y santa Teresa, así como la defensa por parte de los fieles de estos patronazgos ante los impedimentos que ha habido a lo largo de la historia.

Debemos empezar por la Virgen María, por su especial unión con España. Así lo recordaba Juan Pablo II en el inicio de su pontificado: ««Desde los primeros siglos del cristianismo aparece en España el culto a la Virgen. Esta devoción mariana no ha decaído a lo largo de los siglos en España, que se reconoce como “tierra de María”». ¹ Y así lo fue reiterando en sus viajes apostólicos: «El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción». ²

El amor a la Virgen en España se ha traducido desde siempre en la defensa de la Inmaculada Concepción de María. Siglos antes de que las Cortes de Madrid en 1759 tomasen por patrona de todos los reinos españoles a la Inmaculada, en 1394 el rey Juan I de Aragón, Cataluña y Valencia se había consagrado junto con sus estados a ella. Pero ya antes, la devoción estaba presente en España. Durante los siglos xv y xvi fue creciendo hasta llegar a su culmen en el siglo xvii. En 1304, Jaime II mandó la celebración de la fiesta en todos sus reinos. En 1334 se erigía en Zaragoza la primera Cofradía de la Inmaculada, en 1390 los Concellers de Barcelona mandaron que se celebrase con solemnidad la fiesta de «la Purísima». Posteriormente, en 1456, Juan II de Aragón, al promulgar las Constituciones de Cataluña, puso pena de destierro a quien hablase contra la Inmaculada. Por lo que fue el primer documento oficial en defender este dogma. Estos hechos muestran cómo esta devoción fue fomentada y acre-

centada en el pueblo español por su rey. Llevada a cabo «desde Felipe III y durante dos siglos, con convicción los Austrias, con discreción los Borbones». ³

Este amor profundo a María que prendió ardientemente en los fieles españoles que les llevó a confiar sus preocupaciones a la Santísima Madre ha producido también un extenso patrimonio cultural, artístico y literario, que se muestra en la plasmación de cantos de alabanza hacia la Virgen de autores como Aurelio Prudencio o Raimundo Lulio, así como en la consagración a la Inmaculada y el juramento en la defensa de la verdad de la Concepción de María en las universidades, reinos, provincias y cofradías; y la súplica de protección por parte de órdenes religiosas y militares, instituciones académicas [la Universidad de Valencia (1530), las de Granada y Alcalá (1617) y las de Barcelona, Salamanca y Valladolid (1618) proclamaron a la Virgen Inmaculada patrona de sus universidades].

Podemos comprobar, cómo la fe la Iglesia se expresa a través de las manifestaciones de piedad del pueblo, las cuales en múltiples ocasiones han ido por delante de las discusiones teológicas que han tardado en encontrar el modo de explicar aquello que para el pueblo estaba fuera de toda duda, lo cual ha sucedido con la verdad de la Inmaculada Concepción, el cual comenzaron a celebrar mucho antes de que la Iglesia lo declarase dogma. Así se llegó al año 1310 en que el arzobispo de Santiago, don Rodrigo del Padrón, decidió comunicar a los preladados de la diócesis la conveniencia de reunirse en Concilio y decretar la fiesta preceptiva de la Inmaculada Concepción de la Virgen el 8 de diciembre de cada año. Lo cual se produjo quinientos cuarenta y cuatro años antes de la definición del Dogma por Pío IX, cuya cuestión se siguió con verdadero entusiasmo por parte del pueblo español.

Las Cortes, reunidas en Madrid el 17 de julio de 1760 acordaron pedir a S.M. «se dignase tomar por singular patrona y abogada de estos reinos y de las Indias, y demás a ellos anejos e incorporados, a la Soberana Señora en el misterio de la Inmaculada Concepción». Y solicitar la bula del Sumo Pontífice, con aprobación y confirmación de este patrona-

1. Juan Pablo II, mensaje a los Congresos Mariológico y Mariano de Zaragoza (12 de octubre de 1979).

2. Juan Pablo II, alocución en el acto mariano celebrado en Zaragoza (6 de noviembre de 1982), 3.

3. Santiago Arellano Hernández, «El privilegio de la Inmaculada Concepción en la literatura española», *CRISTIANDAD*, núm. 881.



to, con el rezo y culto correspondiente. La cual llegó a manos del Rey el 12 de enero de 1761, por lo que con Carlos III, se conseguiría que España tuviera como patrona a la Inmaculada Concepción. Y no hay rincón de España que no se encuentre coronado por una advocación de María. La protección de la Inmaculada, es la «bandera de combate» que nos sostiene contra el Demonio, en defensa de la fe, y con el triunfo de la fe. «María, en quien el infierno no tuvo nunca parte. Acuérdate de España, donde tu Concepción Inmaculada fué un tiempo universalmente venerada con fervor. Por este maravilloso misterio eres invencible y se desploman ante ti las herejías. En su solemne proclamación ve la Iglesia la aurora del Reino de Cristo que esperamos. *«Regnum veritatis et vitae, regnum sanctitatis et gratiae, regnum justitiae, amoris et pacis.»*

Da a España el vivir sinceramente de la verdad. Instaure para siempre la justicia y el amor entre sus hijos, a fin de que gocen la verdadera paz. Dale la humildad individual y colectiva, en la que toda santidad y toda gracia tienen su fundamento».⁴

Si se ha demostrado una profunda devoción del pueblo español a la Virgen en la defensa de la

4. «La fe de España y la Virgen Inmaculada», CRISTIANDAD, 1 de agosto de 1944.

Inmaculada Concepción, también se demuestra en la celebración de la Asunción el 15 de agosto, cuando muchas de las ciudades españolas celebran la fiesta de la Virgen María y de la patrona del lugar.

Santiago Apóstol y santa Teresa

LA historia del culto a Santiago es la historia de la unidad de España y la defensa de la fe católica. Desde que Alfonso «el Casto» rindió su corona al Santo Patrón hasta que se perfila en Granada con los Reyes Católicos al instituir el Voto a la Iglesia de Santiago, no hay un hecho en el que no esté presente la protección de Santiago.

Tras confirmar con un documento solemne de la Autoridad Pontificia la sentencia del Cardenal Arzobispo de Compostela sobre la identidad de los sagrados cuerpos del Apóstol Santiago el Mayor, y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro, concedía el papa Calixto II poder ganar el jubileo mediante estas palabras: «Y como la nobilísima nación española, por la maravillosa asistencia de Santiago, ha conservado la integridad y la inviolabilidad de su fe católica, a fin de que el Dios de misericordia se digne concederle la gracia de fortalecerse, en medio de este diluvio de errores, por la intercesión y mediación de su patrono celestial, en la santidad de la religión de sus padres y en el fervor de su piedad, Nos concedemos que el amplio privilegio que posee de nuestro predecesor Alejandro III, es decir, la facultad de ganar un jubileo plenario el año en que la fiesta de Santiago, fijada el 25 de julio, caiga en domingo, lo sea también, para el año próximo, en el que en el día 25 de julio se han de celebrar las fiestas solemnes de la invención y elevación del cuerpo del santo Apóstol, observando el mismo método y gozando de los mismos privilegios contenidas en la constitución del mismo Soberano Pontífice con fecha XXV de julio de MDLXXIX»

Esta absoluta dedicación de España a Santiago ha vivido en otras épocas grandes discusiones, entre la que destaca la defensa del patronazgo de Santiago frente a la propuesta por parte de las Cortes de Castilla del patronazgo de santa Teresa de Jesús. Esta propuesta, se realizó en 1617, siendo Teresa aún beata y fue confirmada oficialmente por el papa Urbano VIII, pero se tomó con reticencia al temer la pérdida del patronazgo de Santiago. Por ello, las Cortes la nombraron «copatrona» de los reinos de España. Sin embargo, los partidarios de Santiago lograron revocar el acuerdo.

Si bien no nos adentraremos con profundidad en el tema, es digno de lectura los escritos de Quevedo a favor del único patronazgo de Santiago. En el momento en que redacta el *Memorial por el patrono San-*

tiago, la última decisión sobre el patronato de España lo muestra la carta de Felipe IV, (febrero de 1626), en la cual propone el copatronato de santa Teresa de Jesús, que posteriormente es concedido por las Cortes, hasta que un breve de Urbano VIII lo sanciona. En este tiempo, se producen un cruce de cartas entre partidarios de Santiago y santa Teresa, entre las cuales se encuentran los escritos de Quevedo solicitando al monarca la revisión de la decisión que muestra en la carta, sin menospreciar la dignidad de santa Teresa, procedemos a transcribir varios párrafos que muestran el contenido del escrito:

«Señor: Cierto es que vuestra majestad desea más la gloria del santo Apóstol, solo y singular patrón de las Españas, que todos los que, como partes, os importunamos con solicitud y memoriales; y por la propia razón el más justo esplendor del nombre de santa Teresa de Jesús. Pero es más cierto que ni vos, Señor, queréis quitar al Apóstol para dar a la bendita Santa, y que ella, tan rica de gloria de Dios en el cielo y en la tierra, no atenderá a estas solicitudes que introducen el fervor de sus hijos y el celo de sus devotos.

»Vuestra Majestad, como a procurador de Santiago, como a caballero profeso en su sagrada religión, como a parte legítima que soy en este pleito entre partes, me debéis oír: que para mí sois juez por vuestra grandeza, y sois parte por la fe católica que profesáis y mantenéis, y por el nacimiento y texto expreso que dicide esta contienda, por los inmensos beneficios y mercedes que en vuestra monarquía acumula la grande y esclarecida sucesión de los siempre gloriosos antecesores de vuestra majestad, cuya vida nuestro Señor alargue por muchos y bienaventurados años; cuyo estado el apóstol Santiago, nuestro único y singular patrón, dilate hasta que no haya nación tan desdichada que no os reverencie por señor y por padre.

»Todos los procuradores de Santiago queremos, Señor, y lo suplicamos a vuestra majestad, deis a la Santa muy grandes y muy preeminentes honras. Mas porque lo que se quita a otro en su perjuicio no es dádiva para alguno —así lo dice san Juan Crisóstomo, oración de avaricia: *Dic enim mihi si quos duos videres, alterum quidem nudum, alterum vero vestitum, deinde exuto eo, qui vestem habuit nudum vestires, non ne injuste faceres? Nemeni id quidem dubium* (Dime: si vieras dos, uno vestido y otro desnudo, y quitaras el vestido al que le tenía, y vistieras al que estaba sin él, ¿no hicieras injusticia? Nadie lo duda), por esto, Señor, es obligación de vasallo informar a vuestra majestad de las causas por que ésta del copatronato no es ni puede ser dádiva ni lícita donación para vos ni para la gloriosa Santa.

»Vos, Señor, que hacéis esto por conocimiento, por obligación, por herencia de vuestro santo y glo-



rioso padre, de vuestros esclarecidos abuelos, cierto es que no oiréis en secreto a los que detraen, no de su prójimo, sino de su padre, del nuestro, de vuestro capitán, del apóstol primo de Cristo, nuestro único patrón y libertador.

»Nosotros para Santiago os pedimos audiencia solamente, en defensa vuestra tanto como de nuestro patrón; pues los padres por escrito culpan a vuestra majestad de principio, medio y fin desta novedad, y confiesan que ni ellos ni su gloriosa Santa tenía necesidad deste copatronato. Así me lo escribió a mí en un papel (que guardo) el padre fray Francisco de la Concepción, prior del convento de San Hermenegildo en esta corte.

»Oiga vuestra majestad a Tertuliano, en el libro *Ad martyres*, que lleva los ánimos divertidos en esta parte de temor. Consuela a los mártires contra quien les hace sinrazones: *Judex expectatur de iudicibus sed vos estis de iudicibus ipsis iudicaturi* (Juez se aguarda de los jueces, pero vosotros habéis de juzgar a los jueces mismos). Ésta, Señor, que a los tiranos es amenaza de todo el poder de Dios enojado, será advertencia de su misericordia en la grande piedad y suprema justicia que siempre ha crecido en vuestro real ánimo en tan católica grandeza.

»Pues, ¿por qué hemos de dudar si santa Teresa merece el nombre de patrona o no? Esta duda indigna es de ponerse en ningún tribunal de justicia.

»Dice verdad el doctor Balboa, mas dice poco: que esa duda no sólo es indigna, sino delincuente; no es duda, sino desvergüenza de mala casta, y que tiene



parentesco con error y con la impiedad. Palabras que en tan soberanos merecimientos muestran, no duda, basta tibieza, no decienden de buen linaje en la religión.

»Señor, llamar a la Santa indigna y que no merece, no son palabras, son delitos; horror tengo de referirlas, y se me inflama el papel con trasladarla.

»Bastante era decir lo que la Iglesia ordena: *Primum apóstolos*, que es el primer orden, que se llama *lux mundi*; el segundo el de los evangelistas, el tercero el de los profetas, el cuarto el de los doctores, el quinto el de los mártires, el sexto el de los confesores, el sétimo el de las vírgines. Y Santiago tuvo las dignidades de todas siete órdenes, y santa Teresa fue virgen.

»Para lo que en la Santa no hay méritos, ni ella los quiere, es para despojar a Santiago violentamente de lo que le dio Cristo, de lo que ganó en la guerra, de lo que le pagaron los reyes y pueblos por la fe y por el conocimiento de Jesucristo que le debe.

»Hago recuerdo a vuestra majestad que en el primer punto le cité las palabras con que David, rey santo y valiente, calificó su oficio y su corona en el psalmo 100: *Non proponebam ante oculos meos rem injustam: facientes praevaricationes odivi* (No proponía delante de los ojos cosas injustas, y aborrecía a los prevaricadores) ¿Quién hay que no sepa que en esta parte hace vuestra majestad lo mismo, que no propone cosa mala delante de los ojos, y que aborrece a los que prevarican?

»Prevaricadores son, Señor, los que engañosos

ocultan verdaderos delitos [...] Y las leyes de la Partida hablan en la nota y en el castigo que merecen los que lo son.

»Y debe considerar vuestra majestad que si por precepto de toda salud dice san Pablo con fervor tan encarecido estas palabras: *qua ergo consolatio in Christo, si quod solatium charitatis, si qua societas spiritus, si qua viscera miserationis: implete gaudium meum, ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes unanimes, id ipsum semientes* (Si hay consolación en Cristo, si gusto en la caridad, si alguna compañía del espíritu, si entrañas de misericordia, llenad mi contento –dice el Apóstol– para saber lo mismo, finiendo una misma caridad y sintiendo una propia cosa) [...] fácilmente se colige que no teniendo unidad de espíritu y una propia caridad y sintiendo de una manera, que no hay consolación en Cristo ni entrañas de misericordia. Y si esto es así, y tan detestable entre muchos creyentes, ¿qué nombre tendrá esta división en un hombre propio, si cada día en unos propios casos sintiese encontradamente, y fuese otro cada día, y diferente de sí mismo?

»Pues, Señor, si es lícito y glorioso y forzoso a un rey restituir lo que otro quitó a una pared sagrada en falsa religión, y confesar que lo admitió ignorando el hecho, y que lo restituye espontáneamente, ¿a qué obligará a vuestra majestad lo que, mal informado, quitare, no de la pared, sino del santo Apóstol, de su dignidad, de la devoción de toda España, de la costumbre de todas las iglesias, de su santo sepulcro, de la elección de Cristo, de los privilegios de todos los reyes vuestros antecesores? ¿Qué me detengo en estas ponderaciones? Cuanto vuestra majestad es mayor rey que Masinisa, porque sois más celoso; cuanto va de su templo al propio santo Apóstol, y de dos colmillos de elefante al patronato de las Españas; tanto vuestra restitución será más fervorosa, vuestras palabras en ella de mayor piedad».

La cuestión volvió a salir a la luz en 1630, cuando Urbano VIII concedió a cada región que determinase el asunto según considerase, por lo que el 30 de junio de 1812, por las Cortes de Cádiz fue confirmado el patronato de santa Teresa, proclamándola copatrona de España, junto a Santiago Apóstol.

Así pues, aunque la mayoría lo desconozcan, y sea de poca costumbre, santa Teresa puede ser celebrada como patrona de España. Apareciendo en el Misal propio español con la categoría de fiesta. Y es por su importancia en la literatura, la mística y la espiritualidad españolas del Siglo de Oro y hasta hoy.

Imploremos a nuestra santa Inmaculada Concepción, a Santiago Apóstol y a santa Teresa obtener la misericordia y la protección de nuestro Señor Jesucristo sobre esta «tierra de María», tierra de mártires y grandes santos.

450 años de la fundación del convento de San José de Ávila

GLORIA MORELLÓ TORRELLAS

EL pasado 24 de agosto se cumplieron los 450 años de la fundación del Carmelo de San José de Ávila por Santa Teresa de Jesús y al mismo tiempo del inicio de la reforma del Carmelo. Su Santidad el papa Benedicto XVI ha proclamado un año jubilar en recuerdo de esta efeméride concediendo indulgencia plenaria a todos los peregrinos que visiten durante este año el convento y ha querido unirse personalmente a este importante acontecimiento espiritual escribiendo un mensaje en forma de carta dirigida al obispo de Ávila, «La reforma del Carmelo –afirma Benedicto XVI–, al promover un retorno radical a la Regla primitiva, alejándose de la regla mitigada, santa Teresa de Jesús quería propiciar una forma de vida que favoreciera el encuentro personal con el Señor. El monasterio de San José nace precisamente con el fin de que sus hijas tengan las mejores condiciones para hallar a Dios y entablar una relación profunda e íntima con Él».

Todo comenzó en el corazón de esta madre carmelita. Después de su conversión, el Señor la llenó de gracias particulares y su alma ardía en santos deseos de amar a Cristo. Sentía una profunda necesidad de reforma de vida: ansiaba una mayor clausura, más necesidad de recogimiento, oración y penitencia. Puesto que, en esos tiempos, la Orden del Carmen seguía una regla de vida más relajada (mitigada), gracias a una bula otorgada por Inocencio IV. Como dice Benedicto XVI: «Enamorada del Señor, esta preclara mujer no ansió sino agradarlo en todo. En efecto, un santo no es aquel que realiza grandes proezas bastándose en la excelencia de sus cualidades humanas, sino el que consiente con humildad que Cristo penetre en su alma, actúe a través de su persona, sea Él el verdadero protagonista de todas sus acciones y deseos, quien inspire cada iniciativa y sostenga cada silencio.»

Un día, un grupito de monjas de la Encarnación charlaban en la celda de la Santa, según la costumbre permitida. Trataban del estilo de vida que allá se llevaba comparándolo con el de las franciscanas y el de los antiguos ermitaños del Monte Carmelo. Una de las que estaban allá, sobrina de la Santa, María de Ocampo, escribió más tarde sobre esa reunión: «Medio en broma empezaron a planear cómo reformar la regla observada en el monasterio de la Encarnación y fundar un monasterio a modo de

eremitorio, como los que fundaron antiguamente nuestros padres». Asimismo, se enteró una amiga de la Madre Teresa de Jesús, Doña Guiomar de Ulloa, que se determinó a apoyarlas. De esta manera, todas se ofrecieron a contribuir en lo que pudieran para llevar a cabo la fundación.

Al mismo tiempo, el Señor urgía a la Madre de mil maneras. Un día, al acercarse a comulgar el Señor le mandó que lo pusiese por obra, asegurándole que el monasterio se fundaría, que sería un instrumento de mucho bien y que daría abundante fruto. «Además debía llamarse de San José; pues en una puerta les guardaría él, en la otra la Virgen y que Cristo moraría con ellas. El Señor lo calificó como Estrella que diese de sí gran resplandor».¹

Desde el inicio se presentaron numerosas dificultades. Santa Teresa hizo partícipe a su confesor de la inspiración recibida por nuestro Señor y él le mandó que lo consultase con su padre provincial; que en un buen principio otorgó su aprobación.

A su vez, los habitantes de Ávila descubrieron que se pretendía construir un monasterio y se exaltaron. Comenzó a llenarse el pueblo de murmuraciones, puesto que no deseaban que se estableciese un nuevo convento. Ávila pasó a ser un hervidero de disputas entre la parte en contra y la parte a favor del proyecto; aunque la primera convenció a casi todo el pueblo. A todo el mundo le interesaba la cuestión como si fuese propia, como si se tratase de su competencia y autoridad. Esta noticia llegó al propio convento de la Encarnación, donde también se produjo gran alboroto. Las monjas declaraban, con parte de razón muchas de ellas, que la Madre Teresa de Jesús no había sido siempre de las más recogidas ni fervorosas. Tanto que hasta pretendían atemorizarla con la Inquisición. Ante todo este estrépito el padre provincial retiró su aprobación y negó la admisión de ese convento.

De esta manera, solicitaron la opinión de un teólogo dominico muy docto del momento. Éste, tras leer una carta donde estaban las razones que le exponía la Madre no dudó en dar su apoyo. No obstante, su padre confesor le prohibió seguir adelante con la fundación y estuvo seis meses sin atenderlo, hasta que llegó un nuevo superior del padre confesor y

1. *Vida de santa Teresa de Jesús*, cap. 32.

le permitió continuar. De este modo, la Madre mandó comprar una pequeña casa a su hermana y a su cuñado; para hacerlo todo en secreto. Pero, hasta en lo humano, aquello no llevaba camino de prosperar, pues ni siquiera tenían suficiente dinero para labrar, arreglar y transformar esa casa en el futuro monasterio. Una de las cuestiones que le generó más detractores fue retornar a la pobreza primitiva, ya que en esa época los carmelos mitigados sí tenían rentas y suponía gran oposición de mucha parte del clero y del pueblo. Sin embargo, un gran amigo de la Santa, san Pedro de Alcántara, acudió en su ayuda y ya la determinó por completo, a que de ningún modo, las hermanas tuviesen posesiones. Finalmente, se obtiene un permiso de la Santa Sede para fundar un convento de carmelitas reformadas. Mientras, su cuñado enferma y sus superiores le mandan salir para ir a asistirlo. Cuando se repone, acuden las primeras monjas que habitarían el convento, se celebra la Santa Misa y se expone el Santísimo Sacramento. Con lo que el convento queda fundado en secreto.

Sin embargo, al llegar la noticia a la Encarnación de que el convento de San José se había fundado sin su conocimiento se organiza un gran revuelo y obligan a la Madre Teresa a regresar. Paralelamente, el pueblo, arrebatado de cólera, pone pleito al convento de San José, porque no permitían que el convento se rigiese por las reglas primitivas. Pasado el tiempo, la Madre pudo regresar a San José como madre priora.

A la Santa le movía el deseo de que las esposas de Cristo viviesen unidas a Él, para reparar por sus pecados y los que el mundo cometía. Y de esta manera se ocupasen de continuo, mediante la oración, de que la fe inundase el corazón de todos los hombres, en especial el de sus ministros, de la Santa Iglesia y que los herejes volvieran a la Iglesia (sobre todo luteranos en aquel entonces). Con el fin de que Jesucristo reinase en la tierra entera.

El Papa en su mensaje subraya la actualidad de la lección espiritual que nace con la reforma del

Carmelo. «También hoy, como en el siglo XVI, y entre rápidas transformaciones, es preciso que la plegaria confiada sea el alma del apostolado, para que resuene con meridiana claridad y pujante dinamismo el mensaje redentor de Jesucristo. Es apremiante que la Palabra de vida vibre en las almas de forma armoniosa, con notas sonoras y atrayentes.

En esta apasionante tarea, el ejemplo de Teresa de Ávila nos es de gran ayuda. Podemos afirmar que, en su momento, la Santa evangelizó sin tibiezas, con ardor nunca apagado, con métodos alejados de la inercia, con expresiones nimbadadas de luz. Esto conserva toda su frescura en la encrucijada actual, que siente la urgencia de que los bautizados renueven su corazón a través de la oración personal, centrada también, siguiendo el dictado de la Mística abulense, en la contemplación de la sacratísima humanidad de Cristo como único camino para hallar la gloria de Dios.² Así se podrán formar familias auténticas, que descubran en el Evangelio el fuego de su hogar; comunidades cristianas vivas y unidas, cimentadas en Cristo como en su piedra angular y que tengan sed de una vida de servicio fraterno y generoso. También es de desear que la plegaria incesante promueva el cultivo prioritario de la pastoral vocacional, subrayando peculiarmente la belleza de la vida consagrada, que hay que acompañar debidamente como tesoro que es de la Iglesia, como torrente de gracias, tanto en su dimensión activa como contemplativa.»

Terminamos este modesto pero muy sentido recuerdo asociándonos a los deseos del Papa, en este próximo Año de la Fe, en que la Iglesia quiere renovar de forma intensa su labor evangelizadora «Para que María, Estrella de la evangelización, y su casto esposo san José intercedan para que aquella “estrella” que el Señor encendió en el universo de la Iglesia con la reforma teresiana siga irradiando el gran resplandor del amor y de la verdad de Cristo a todos los hombres.»

2. Cf. *Libro de la vida* 22,1; *Las Moradas* 6,7.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Agosto

General: Para que los encarcelados sean tratados con justicia y con respeto a su dignidad humana.

Misionera: Para que los jóvenes, llamados al seguimiento de Cristo, proclamen y den testimonio del Evangelio hasta los confines de la tierra.

Septiembre

General: Para que los políticos actúen siempre con honradez, integridad y amor a la verdad.

Misionera: Para que aumente en las comunidades cristianas la disponibilidad al envío de misioneros, sacerdotes y laicos, y de recursos concretos a las iglesias más pobres.

Sor Patrocinio, mística y restauradora en el siglo XIX

GUILLERMO PONS PONS

UNA sierva de Dios, española y que bien merece ser conocida y admirada, es esta monja que durante el atormentado siglo en el que transcurrió su existencia, se manifestó dotada de grandes dones espirituales, de una lúcida inteligencia y de un carisma de dirección de espíritus que la puso en relación con multitud de personas de las más variadas posturas y situaciones en la compleja sociedad de su tiempo.

Su vida, a pesar de la atracción que suscitaba, estuvo sujeta a grandes dolores, así como a constantes y despiadados ataques, y además ella fue objeto de horribles calumnias, de incomprensiones y de desconfianzas. Se pueden encontrar aún en obras de divulgación histórica ciertos juicios que, por inercia y falta de información, nos la presentan como «una religiosa milagrera» que por el palacio real entraba y salía a discreción haciendo y deshaciendo a su antojo. Esta referencia es absolutamente falsa y sólo obedece a la gran difusión que se dio a las calumnias sobre ella propaladas, de modo semejante a lo que se decía de san Antonio María Claret, el confesor de la reina Isabel II, calumniado también y despreciado de mil maneras, por el odio que su labor suscitaba.

Los estudios, en cambio, que se han hecho para el proceso de beatificación de sor Patrocinio, que a pesar de las dificultades sigue su curso favorablemente, han dado mucha luz sobre esta ejemplar y santa religiosa y han puesto en claro sus grandes virtudes y méritos. He aquí el luminoso juicio que sobre ella hacía ya en 1925 el obispo prior de Ciudad Real don Narciso Esténaga, que murió mártir el 22 de agosto de 1936 y fue beatificado por disposición de Benedicto XVI el 28 de octubre de 2007: «De haber nacido sor Patrocinio en los pasados siglos —dice el prelado—, se habría deslizado su vida mansamente, a la manera que en la sosegada noche silenciosa cruzan el espacio las fugitivas estrellas, dándonos sus resplandores. Pero, desatada en sus días la brava tempestad, que años demasadamente largos ha durado en nuestra patria oscureciendo los ojos de muchos para que no vieran la verdad y turbando la santa paz y calma de todos, es forzoso que esta figura venerable campee y se destaque en medio de las tinieblas de cruentas y desafortunadas luchas...».¹

1. Introducción a la biografía de sor Patrocinio, escrita por SOR MARÍA ISABEL DE JESÚS, publicada en segunda edición por la editorial Homolegens, Madrid 2008, p. 12.

Muy expresivo resulta en verdad este juicio de tan excelente obispo, cuyo glorioso martirio hay que considerar como vinculado al triste y lamentable proceso de la pérdida de identidad y de valores espirituales que tanto se incrementó durante el siglo XX, al cual el beato Juan Pablo II, contemplándolo con ojos iluminados por la fe, se ha referido diciendo que «al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires», lo cual ha de infundir esperanza, como nos lo indica el mismo pontífice recordando la frase del escritor cristiano del siglo tercero Tertuliano que afirma que «la sangre de mártires es semilla de cristianos».² Sor Patrocinio murió plácidamente en el monasterio de concepcionistas de Guadalajara, pero toda su vida, llena de persecuciones y calumnias, puede considerarse como una ruta de carácter martirial, que vendría a ser como un anuncio de lo que quizá ella intuía al decir: «Se obrará una gran maravilla, que llenará de asombro al mundo entero».³ Lo que me propongo en el presente artículo es simplemente presentar unos trazos de la muy singular y fecunda vida de sor Patrocinio y destacar algunos rasgos de su intensa y maravillosa espiritualidad. Su figura, en verdad, no desmerece frente a otras monjas españolas de gran relieve, como santa Teresa en el siglo XVI y sor María de Ágreda en el XVII.

Nacida junto a un pinar, cerca de San Clemente de Cuenca

A CERCA del nacimiento de la niña María Josefa Dolores de Quiroga y Capopardo han corrido noticias un tanto extrañas, posiblemente transmitidas con veracidad sustancial, pero a base de rumores populares. Ya esta famosa monja sor Patrocinio refería a sus hermanas religiosas, que al nacer ella de improviso en medio del campo, el 27 de abril de 1811, su madre doña Dolores la habría dejado abandonada, recogiénola después su padre que huía de Madrid a cierta distancia de su esposa.⁴

2. Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 37.

3. MARÍA ISABEL DE JESÚS, *Sor Patrocinio*, cit. p. 579.

4. El literato BENJAMÍN JARNÉS, en una biografía de sor Patrocinio, escrita con un estilo pulcro y florido se expresa diciendo. «Nadie menos capacitado que un recién nacido para presenciar, y referir después, su llegada al mundo»

Lo cierto es que esa madre, seguramente un tanto desequilibrada, siempre sintió hacia ella una cierta desafección, mientras que su padre don Diego y su abuela materna la querían mucho y la protegían. Su progenitora al final de su vida se arrepentiría de corazón y moriría en paz con Dios y su conciencia, pidiendo perdón a su hija que siempre la había amado y había rogado mucho por ella.

La familia pertenecía a la nobleza y se relacionaba con las principales casas de la Corte. Su mansión nobiliaria era una gran casona enclavada en la antigua población de San Clemente de la provincia de Cuenca. Lo que parece cierto es que el alumbramiento de la niña se produjo cuando sus padres por separado se alejaban de Madrid a causa de la invasión napoleónica, y que el hecho se produjo en una zona descubierta de árboles situada cerca de la llamada Venta del Pinar, dentro del término municipal de dicho pueblo de San Clemente.

Resulta curiosa la noticia que daba una persona llamada Amalia Pinedo, la cual decía: «El Pinar es del pueblo, lo dejó una señora muy rica a beneficio de los pobres; pero como el Gobierno es tan liberal, se incautó de él, como hace con otras cosas».⁵ Lo más significativo a ese respecto es constatar que esta niña nacida en ese terreno que había sido destinado al alivio de los necesitados, sí que estaría siempre muy dedicada a ayudar a los pobres. En su propia familia tenía un modelo conspicuo de caridad cristiana, el de santo Tomás de Villanueva, llamado «el obispo limosnero», de cuya parentela descendía el abuelo materno de la recién nacida. Ésta fue bautizada el 5 de mayo siguiente en la iglesia del cercano pueblo de Cordavías, dedicada a santo Domingo de Silos. Por ausencia del párroco la bautizó el monje de la Orden de san Jerónimo fray Francisco Montoro.

Vocación religiosa en la orden de la Inmaculada Concepción

DESDE su infancia María Josefa se sintió inclinada a consagrar su vida a Dios, abrazando la existencia que llevaban las monjas por ella conocidas. Desde muy pequeña cultivó la oración asidua y recibió muy singulares favores divinos, de modo que su confesor le autorizó a recibir la comunión a los seis años de edad. Al propio

(*Sor Patrocinio*, Espasa-Calpe, Madrid 1972, p. 24). Sin embargo, es evidente que la aversión hacia ella de su madre es un hecho bien fundado, aunque los detalles ligados a su nacimiento puedan haber sido un tanto desfigurados.

5. JUAN BAUTISTA GOMIS, *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*, Ediciones Aspas, Madrid 1946, p. 23.

tiempo, sus cualidades de inteligencia, de simpatía y de belleza le proporcionaban un gran atractivo. Su madre ya pensaba en prepararle un ventajoso matrimonio, y un joven muy prometedor, pero ambicioso y malévolo, Salustiano Olózaga, la pretendía. Ella había ya hecho su elección de una vida consagrada al Señor. Su padre la había protegido contra todas las insidias, pero pronto, en 1823, le sobrevino la muerte. La familia, por causa de los destinos desempeñados por el padre, había morado en diversas poblaciones españolas, como Madrid, Chinchilla y Valencia.

Gracias al cuidado que de ella tenía su abuela y a la protección de una tía suya, la marquesa de Santa Coloma, que habitaba en Madrid con la comunidad religiosa de las Comendadoras de Santiago, la joven María Josefa empezó a frecuentar ese monasterio e ingresó en él como educanda. Fue para ella una gracia divina muy favorable, pues así se vio protegida y bien orientada. Se aplicó a estudios y labores, cosas que le serían muy útiles a lo largo de su vida, y allí fue muy favorecida y apreciada. Al manifestar sus anhelos de vida consagrada, aquellas religiosas hubieran deseado que lo realizara en su monasterio, pero ella optó por la orden de la Inmaculada (concepcionistas), y las comendadoras sin amargura aceptaron su decisión. El 19 de enero de 1829, a los diecisiete años de edad, recibió el hábito de la Inmaculada en el convento llamado del Caballero de Gracia.

Una prolongada vía dolorosa aceptada con generosidad

MUY pronto las religiosas concepcionistas captaron que en la joven monja se manifestaban gracias extraordinarias, como éxtasis y otros fenómenos místicos. Uno de los primeros fue el de que la Virgen le impusiera el nombre de Patrocinio, y otro el de la estigmatización o impresión de las llagas primero en su costado y después en manos, pies y cabeza, fenómenos que comenzaron el 30 de julio de 1829, pocos meses después de iniciar el noviciado. Al principio trató de ocultar estos dones místicos, pero muy pronto hubieron de ser conocidos por las religiosas a causa de las repetidas efusiones de sangre.

Los superiores de la orden ordenaron investigaciones con no poco sufrimiento por parte de la religiosa que tanto cultivaba la virtud de la humildad, y peores fueron las angustias cuando el propio Gobierno liberal pretendió por la fuerza poner término a lo que consideraba como una superstición intolerable. Se dieron acerca de ello veredictos llenos de absurdos e incluso con inclusión de firmas que los

propios interesados declararon falsificadas. Había comenzado un viacrucis que sor Patrocinio hubo de recorrer a lo largo de toda su vida, llena de persecuciones, destierros y horribles calumnias, al propio tiempo que muchas personas dotadas de gran prestigio espiritual y de sabiduría, y casi todo el pueblo sencillo y fiel a su fe cristiana, admiraban cada vez más su santidad heroica y recibían con gusto sus ejemplos y piadosas enseñanzas.

Esta trayectoria de santidad y de sufrimiento, el obispo mártir Esténaga la sintetiza con estas luminosas palabras: «Sor Patrocinio tuvo en su vida un calvario muy áspero y muy abundoso de punzadoras espinas. A porfía parecían luchar en ella la gracia divina y el malvado espíritu, nuestro enemigo. Dios la colmó de sus dones y dejó impresas en aquel cuerpo dolorido sus benditas llagas; y el mundo, abrasado por el odio a todo lo santo y enloquecido por la feroz discordia, asentó con toda su fuerza sobre la cabeza de esta valerosa virgen la corona de espinas de todas las injurias, de todas las burlas y de las calumnias todas, entre los vejámenes de los de arriba y los denuestos y silbidos de los de abajo».⁶

Isabel II y su real familia

UNA cordial simpatía y amistad se había establecido entre la joven religiosa sor Patrocinio y la reina de España Isabel II, como esta misma lo afirma en su declaración oficial sobre la santidad de «la monja de las llagas» en la que dice: «Conocí a tan santa y admirable religiosa, siendo aún muy niña que por primera vez fui con mi madre la reina D^a María Cristina [...] Yo estaba deseosísima de conocerla porque había oído hablar mucho de tan admirable y santa religiosa a una señora afecta, que estaba a nuestro servicio [...]. Sentí un gozo extraordinario en hacer su conocimiento, y yo veía en ella algo de extraordinario, sobrenatural y celeste».⁷

Desde entonces fueron muchos los encuentros entre estas dos amigas, ya sea por carta, ya por visitas de la reina a los monasterios en donde residió la religiosa. Pero no es cierto que ésta acudiera a la Corte a visitar a la reina, pues nunca salió ella de la clausura más que cuando la obligaron a cambiar de residencia. Sólo se han conservado algunas de las cartas dirigidas a la reina por sor Patrocinio. En ellas nunca trata asuntos de política o de gobierno, a no ser en respuesta a algunas pocas peticiones de consejo por parte de la reina, sobre asuntos tocantes a

la religión. Lo que sí le daba eran consejos sobre vida espiritual o acerca de la buena relación familiar y la educación de los hijos.

Fue una bendición para la reina contar con esa amistad tan provechosa para su alma, como también lo fue el haber tomado como confesor y consejero a san Antonio María Claret. Ambos ayudaron a la reina a desterrar de su vida los deslices morales que durante algún tiempo la afectaron por causa de su deficiente educación y del matrimonio que se le impuso por razones de Estado. No eran del agrado de muchos políticos los buenos consejos de su confesor y los de su amiga sor Patrocinio, de lo cual derivaron frecuentes ataques a la religiosa.

Poco tiempo después del ingreso de sor Patrocinio en el monasterio, se habían iniciado tremendos acontecimientos de persecución al catolicismo y especialmente contra los institutos religiosos. El año 1834 se produjo el asalto de conventos y el asesinato de frailes indefensos, hechos que un escritor protestante, Usoz, calificó como el «pecado de sangre». Luego se produciría la excomunión y la desamortización que afectaron a casi todas las órdenes religiosas de varones: los conventos de monjas sufrieron también muchas restricciones y se trató de prohibir la profesión de las novicias y el ingreso de postulantes, aunque las disposiciones se atenuaron en el caso de que los monasterios de monjas se comprometieran a implantar escuelas para niñas. De ello resultó que ciertos monasterios se extinguieran mientras que otros conocieron un notable incremento. Esta situación dio origen a que sor Patrocinio encabezara un movimiento de renovación de la vida monástica, ya que gracias a su personalidad carismática y a su admirable espíritu de santidad se produjo un gran florecimiento de vocaciones y la fundación de muchos nuevos monasterios que ella llevó a cabo a petición de varios obispos y de la misma reina Isabel II. Esta multiplicación de conventos, sin embargo, se hizo en medio de grandes oposiciones, supresiones de algunos conventos, además de destierros e innumerables sinsabores que ella y sus hijas espirituales sufrieron con mucha paciencia y con una gran heroicidad de virtudes.

Indecentes calumnias y burdos embustes propalaron muy conscientemente sus enemigos sobre estas buenas personas que lealmente aconsejaban a la reina, a pesar de que tanto el padre Claret como sor Patrocinio no se vieron entre sí más que dos veces y por breves momentos, puesto que actuaron siempre con mucha prudencia y discreción a fin de no dar pábulo alguno a maledicencias o a sospechas por más que fueran éstas del todo infundadas y malévolas.

Junto con la reina, también su esposo don Francisco de Asís de Borbón y sus hijas la infanta Isabel

6. Citada introducción a la biografía de sor Patrocinio de MARÍA ISABEL DE JESÚS, p. 13.

7. SOR MARÍA ISABEL DE JESÚS, *Sor Patrocinio* cit., p. 613.



Sor Patrocinio acompañada de la reina Isabel II

y el futuro Alfonso XII, manifestaron una gran veneración hacia sor Patrocinio. La cordialidad de las relaciones entre la familia real y los austeros monasterios fundados por sor Patrocinio puede verse reflejada en diversas cartas, como la que escribe la religiosa el 8 de octubre de 1859 desde el convento del Real Sitio de San Ildefonso, en la que dice: «Señora y Reina mía, hija amadísima de mi corazón y de mi alma: Salud, paz y todo género de consolaciones espirituales y temporales deseo a V. M., a S. M. el Rey, a mi hermosísimo Alfonsito, a mi discretísima Isabelita y a toda la Real familia [...] Aquí en el pueblo de mi Alfonsito estamos muy llenas de santo regocijo en esta santa casa de Nuestra Señora del Olvido. Tomarán el santo hábito dos o tres religiosas que se llamarán María Isabel, Francisca de Asís y Alfonsa de las Misericordias».⁸ Resulta evidente que ni la intensidad de sus sufrimientos ni lo encumbrado de su vida mística impedían a sor Patrocinio manifestar la cordialidad y la ternura de sus sentimientos.

Fundadora y maestra espiritual

DIECINUEVE fueron los conventos, fundados o reformados, que ella estableció, con autoridad del Papa y de los obispos entre los años 1856 y 1891. Los frutos más visibles de esta labor

fueron las escuelas gratuitas de niñas que funcionaron en estos monasterios con gran provecho de las alumnas y con mucho contento de los padres de las niñas y de las poblaciones en las que se instituyeron. En algunos sobrepasaba el centenar el número de educandas, a veces en régimen de internado, y todas ellas adquirirían una sólida formación cristiana e importantes conocimientos destinados a la vida que habrían de llevar en la sociedad de su tiempo.

Como muestra de los valores humanos y cristianos de su magisterio, he aquí algunas de sus enseñanzas, destinadas a las monjas y también a sus alumnas: «La oración es la llave dorada con que se abren las puertas del cielo y también se penetra con ella hasta el mismo corazón de Dios». «Si siempre miramos a Jesús llevándole delante de nuestro espíritu, ¿cómo es posible que a presencia de aquella humildad, sin ejemplo, seamos rebeldes a su voluntad?». «No ceséis nunca de ver y de oír a nuestra Inmaculada Madre en todas partes, y esto os dará una felicidad que el mundo no conoce». «La verdadera vida espiritual no consiste en hacer muchas cosas, sino que las que se hagan sean sólo por Dios, por su amor y unidas al amor, caridad y obediencia de Jesús». «Ya sabéis cuánto yo amo a las niñas, cuánto quiero que las cuidéis, mirándolas siempre como ángeles que guardan la casa de su Dios, defendiendo a sus esposas».⁹

8. BENJAMÍN JARNÉS, *Sor Patrocinio*, cit., p. 116.

9. SOR MARÍA ISABEL DE JESÚS, *Sor Patrocinio*, cit., pp. 688-697.

Espiritualidad del Corazón de Jesús

No podía faltar en esta santa religiosa del siglo XIX un conocimiento preclaro y una decidida voluntad de propagar la devoción al Corazón de Cristo. Hablaba a sus hijas, las religiosas, con singulares figuras místicas, diciéndoles que fueran como abejas que fabricaran un «panal de rica y gustosa miel» con el sabor de sus virtudes «para que su divino Corazón se recree y consuele de tantas amarguras como sufre por tantas iniquidades...».¹⁰ Ella hace también referencia a una visión que tuvo y que está colmada de simbolismo, y dice: «Vi que mi invictísima Reina [la Virgen] cogió un pañuelo de manos del príncipe san Miguel, y aplicándolo a la soberana llaga del costado de nuestro amante Jesús, lo empapó la divina Señora en sangre de aquel divino y deífico Corazón» y contempló luego cómo María rociaba el pueblo con la preciosísima sangre de Cristo.¹¹ Y entre las recomendaciones dirigidas a sus hijas, aparece esta exhortación: «Mi único deseo es que mis hijas se santifiquen, sirviendo de consuelo al Corazón amantísimo de Jesús, de alegría a la Iglesia, y de edificación a sus prójimos».¹²

10. Ibid., p. 481.

11. Ibid., p. 86.

12. Ibid., p. 688.

13. Ibid., p. 86.

La Santísima Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordias

SOR Patrocinio, cuyo nombre es de carácter mariano y alude a los títulos de protección, auxilio o amparo, indicadores del cuidado maternal de la Virgen sobre los fieles, fue una gran propagadora de la confianza que se debe poner en el amor y la intercesión de María, la madre del Señor. Estos conceptos y unas firmes promesas de asistencia maternal por parte de la Virgen es lo que se patentiza en el título mariano expresado bajo los conceptos de «olvido, triunfo y misericordias». Según manifestación de sor Patrocinio, fue la Virgen misma quien avaló este título diciendo que con él se quería hacer reflexionar a las personas y «darles a entender que me han olvidado, pero yo que soy vuestra tierna y amorosa Madre quiero poner a vista de todos los mortales en esta imagen mía que jamás mis misericordias se apartarán de ellos».¹³

Junto a esta bella imagen de María, que ella siempre llevaba consigo, murió sor Patrocinio en la paz del Señor en la madrugada del 27 de enero de 1891. Ella, cuya vida había estado llena de martirios había muerto plácidamente; pero años después, en 1936, doce hijas suyas fueron inmoladas por razón de su fe, formando así en torno a sor Patrocinio una gloriosa corona martirial de doce estrellas luminosas, a imitación de la aureola de Nuestra Señora, la Virgen Inmaculada.

Una historia admirable de fidelidad a la Iglesia

Vengo a encontrarme con una comunidad cristiana que se remonta a la época apostólica. En una tierra objeto de los desvelos evangelizadores de san Pablo; que está bajo el patrocinio de Santiago el Mayor, cuyo recuerdo perdura en el Pilar de Zaragoza y en Santiago de Compostela; que fue conquistada para la fe por el afán misionero de los siete varones apostólicos; que propició la conversión a la fe de los pueblos visigodos en Toledo; que fue la gran meta de peregrinaciones europeas a Santiago; que vivió la empresa de la reconquista; que descubrió y evangelizó América; que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca, y la teología en Trento.

Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto, gracias sobre todo a esa sin par actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza a Dios en español. Tras mis viajes apostólicos, sobre todo por tierras de Hispanoamérica y Filipinas, quiero decir en este momento singular: ¡Gracias, España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!

Esa historia, a pesar de la lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo, para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo.

JUAN PABLO II: Discurso en la ceremonia de bienvenida, Viaje apostólico a España (Madrid, 1982)

Renovación de la consagración de la ciudad de Lérida al Sagrado Corazón de Jesús

Crónica desde el monasterio carmelita del Corazón de Jesús de Lérida

AL acercarse el 25 aniversario de la dedicación de nuestro actual convento, nuestra madre propuso una celebración especial, y se nos ocurrió conmemorarlo en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, titular del mismo, fiesta en que acostumbra a venir muchos fieles. Pensamos en la posibilidad de entronizar una imagen del Corazón de Jesús en la plaza exterior del monasterio, pues el monumento que tenemos en la huerta no puede ser venerado por la gente. Esta imagen se bendijo hace ahora exactamente veinte años, en una jornada festiva en la que se consagró toda Lérida al Corazón de Jesús. Así, nos pareció se podían celebrar muy bien los dos aniversarios juntos, y renovar la consagración ante la nueva imagen que deseábamos colocar en la plaza. Nos parecía un sueño casi irrealizable. ¿Cómo conseguir una imagen en tan poco tiempo?

Una hermana nuestra tiene un pariente marmolista en Gijón, y le preguntó cómo conseguir una imagen resistente a la intemperie. La respuesta no se hizo esperar y él mismo se ofreció junto con su esposa a conseguirla y costearla. Así, en menos de quince días teníamos ya aquí la muy bonita imagen de marmolina, hecha en Valencia, de 1,22 m de alto. Con ella, nos regalaron también una Virgen del Carmen, una santa Teresita, una Virgen de Covadonga y otro Corazón de Jesús, imitación en bronce, que hemos colocado en la puerta reglar. ¡Cómo se palpó en esos detalles la Providencia divina!

Nos pusimos en contacto con D^a Marta Figuera, presidenta del Apostolado de la Divina Misericordia en Lérida, quien, entusiasmada con la idea, mandó imprimir invitaciones para hacerlas llegar al mayor número de personas. Unas devotas señoras prepararon una exposición de fotos para conmemorar ambos aniversarios.

Don Juan Manuel Melendo, vicario general de Tarazona, gran amigo de la comunidad y fervoroso devoto del Corazón de Jesús, como no podía asistir el día de la fiesta, vino a visitarnos el día 2; nos ofreció un nuevo devocionario del Corazón de Jesús recientemente publicado. Tanto le gustó a nuestra madre, que encargó quinientos ejemplares para repartirlos el día de la fiesta. Monseñor Melendo, tan generoso como siempre, quiso hacerse cargo de todos los gastos. Que el Corazón de Jesús se lo recompense como sólo Él puede y sabe hacerlo.

Se pensó en invitar para presidir la ceremonia a nuestro obispo monseñor Juan Piris, pero como la cosa fue tan precipitada, tenía ese día ya comprometido, y nos envió como delegado a Mn. Antoni Agelet, vicario judicial de la diócesis. Para solemnizar más la fiesta invitamos al «Petit Cor» de la Catedral dirigido por mosén Joaquín Mesalles. La parroquia del Carmen se ofreció a instalar megafonía para poder seguir la misa también desde la plaza.

Llegado por fin el viernes 15 de junio, festividad del Corazón de Jesús, a las 7 de la tarde comenzó la solemne Eucaristía concelebrada por varios sacerdotes de la diócesis, entre ellos nuestro capellán mosén Joaquín Lax, el padre Jorge (o.c.d.) del santuario de Santa Teresita, y el padre Arcángel (o.c.d.) de la comunidad de Huesca. Multitud de fieles abarrotaba la Iglesia y el exterior del monasterio. Tras la procesión de entrada de los concelebrantes, nuestra madre dirigió unas palabras de bienvenida y agradecimiento por estos 25 años de nuestro monasterio y los 20 de consagración de la ciudad al Corazón de Jesús. Mosén Agelet glosó en su homilía cómo en el Corazón de Jesús se encuentra como condensado todo lo que la Palabra de Dios nos enseña acerca de su amor, su misericordia y su perdón.

En el ofertorio, preparado con mucha ilusión, los vecinos de la zona de la Caparrella ofrecieron al Señor su fruta y verdura; la Asociación de vecinos de Lérida, un ramo de flores, las casas regionales de la ciudad un precioso pastel conmemorativo de los 25 años de nuestro actual monasterio, y dos de los albañiles que trabajaron en su construcción ofrecieron el pan y el vino. Unos jóvenes repartieron a los asistentes una estampa conmemorativa, junto con un escapulario del Carmen y un rosario, en recuerdo de nuestra presencia orante en Lleida desde hace 326 años. Tras la celebración de la Eucaristía tuvo lugar la exposición del Santísimo, con acto de desagravio y bendición solemne.

Hecha la reserva del Santísimo, el alcalde de Lérida, don Ángel Ros, quiso dirigir personalmente unas cariñosas y profundas palabras de agradecimiento manifestando el gran aprecio que siente por nuestra vocación. Quiso además hacernos un obsequio en nombre de toda la ciudad. A continuación, y mientras el coro entonaba el canto *Al Crist de la Caparrella*, salieron los sacerdotes a la plaza para bendecir la nueva imagen y consagrar de nuevo a Lérida al Corazón de Jesús, ofreciéndole doña Marta Figuera en nombre de toda la ciudad un ramo de flores.

Finalizado el acto, fue repartido a todos los asistentes el devocionario del Corazón de Jesús, y se les ofreció un refrigerio en nombre de la comunidad. La parroquia del Carmen colaboró en el refrigerio. Al final, muchos de los asistentes pasaron a saludarnos en el locutorio.

Fue, en verdad, una jornada de cielo y mucha gente nos ha manifestado después su gozo y agradecimiento por el bien espiritual que esta celebración ha dejado en sus corazones. Demos gracias a Dios, y que todo sirva para que el Corazón de Jesús sea más amado y venerado, y para que en nuestra diócesis renazca un nuevo espíritu de fervor y de vida cristiana.

Lérida, junio de 2012.

San Francisco de Asís y el Camino de Santiago

FRA VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFMCAP.

EL hallazgo, a principio del siglo IX, de la tumba del apóstol Santiago, el Mayor, en Galicia, muy pronto habría de suscitar una gran afluencia de peregrinos y penitentes procedentes de diversos lugares del occidente cristiano hacia Santiago de Compostela. Estas peregrinaciones aumentaron notablemente cuando en 1179 el papa Alejandro III otorgó el privilegio jubilar del *Año Santo Compostelano*, concedido, como es bien sabido, cuando la fiesta de Santiago coincide con un domingo.

Esta posibilidad de obtener indulgencias y gracias por el jubileo compostelano generó, muy pronto, la vertebración y la fijación de una extensa red viaria que atravesaba los pueblos de Europa, y que llegaría a ser uno de los principales canales de difusión de corrientes literarias, artísticas y, evidentemente, espirituales. A lo largo de la Ruta Jacobea o Camino de Santiago surgieron hospitales y monasterios, casas de acogida, etc.

Precisamente, fue por esta ruta donde pasaron los primeros compañeros de San Francisco de Asís, entonces llamados todavía «Penitentes de Asís», tal como lo atestigua el primer biógrafo del santo, Tomás de Celano, al consignar en la *Vita Prima* que, cuando Francisco de Asís envió a predicar frailes menores de dos en dos, fray Bernardo de Quintavalle y fray Gil de Asís emprendieron, juntos, el Camino de Santiago.¹

De modo parecido, las *Fioretti* señalan que en los inicios de la Orden franciscana, cuando todavía había pocos hermanos menores y aún no se habían estructurado los conventos, el mismo san Francisco acudió por devoción, seguramente hacia el año 1214, a San Jaime de Galicia, acompañado de algunos hermanos en su peregrinación por el Camino de Santiago.²

1. Cf. TOMÁS DE CELANO, *Vida primera*, XII, 30 en *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Madrid 1980, p. 159: «Cómo envió [san Francisco] a sus hermanos de dos en dos y cómo poco tiempo después se reunieron nuevamente [...] Por este tiempo, los hermanos Bernardo y Gil emprendieron el Camino de Santiago; san Francisco, a su vez, escogió otra parte del mundo».

2. Cf. *Floreillas de san Francisco y de sus compañeros*, Cap. IV, en *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Madrid 1980, p. 806: «En los comienzos de la fundación de la Orden, cuando aún eran pocos los hermanos [menores] y no habían sido establecidos los conventos, san Francisco fue, por devoción, a San-

Estas referencias de la Ruta Jacobea en la vida de san Francisco en las fuentes franciscanas fueron completadas con nueva documentación recopiada por el cronista de la Provincia de la observancia franciscana de Cataluña, padre Jaime Coll, quien en 1738 se ocupó expresamente de la venida de san Francisco a la península ibérica al investigar el paso del santo de Asís por Cataluña en ocasión de su visita a Santiago de Compostela.³ Pero no sería hasta el año 1906 que el franciscanista P. Ernesto M. de Beaulieu, religioso de la provincia capuchina de Toulouse, publicó un documentado trabajo histórico-crítico sobre *Le voyage de saint François en Espagne*.⁴ Pocos años después, el P. Atanasio López, religioso franciscano de la Unión Leonina, también elaboró un documentado estudio sobre el viaje de San Francisco en los territorios ibéricos, con referencias muy sugerentes al Camino de Santiago y la visita del Santo de Asís al sepulcro del Apóstol.⁵

El conjunto de estas investigaciones históricas garantizan que San Francisco, al retornar de Galicia, donde seguramente el santo penetró por la ruta de Navarra durante el año 1214 después de la batalla de Muret (en el Sur de Francia, que tuvo lugar en 1213), y que de regreso pasaría por Cataluña entrando por Lérida y saliendo por Gerona.

Este paso de san Francisco por tierras catalanas

tiago de Galicia, llevando consigo algunos hermanos; entre ellos, al hermano Bernardo [de Quintavalle]».

3. Cf. JAUME COLL, *Crónica Seráfica de la Santa Provincia de Cataluña de la Regular Observancia de N.P.S. Francisco*, Barcelona 1738, pp. 1-12: «Capítulo I en que se refieren las opiniones sobre la venida de N.S.P.S. Francisco a el Principado de Cataluña», donde explícitamente cita un documento del antiguo archivo conventual del convento de frailes menores de Lérida, en que se leía: «*Dum pergeret ad invisendum limina Sancti Iacobi versus Compostellam*». También se ofrece la transcripción del texto de una lápida que se hallaba en la ermita de Sant Cebrià d'Horta, a cargo de los monjes jerónimos del Valle de Hebrón de Barcelona, que decía: «*Istam Capellam habitavit Seraphicus Pater Franciscus, qui dum Compostellam pervaderet ad invisendum Corpus Sancti Iacobi, aliquandiu permansit*».

4. Cf. ERNEST M. DE BEAULIEU, «Le voyage de saint François en Espagne», *Études Franciscaines* XV (Paris 1906) pp. 384-399; *Ibíd.* XVI (1907) p. 60 y ss.

5. Cf. ATANASIO LÓPEZ, «Viaje de san Francisco a España», *Archivo Ibero-Americano* I (1914) pp. 13-45.



año 1179, muy poco antes del nacimiento de san Francisco de Asís, acaecido en 1181 o 1182.

San Francisco de Asís debe ser considerado como el prototipo del peregrino medieval, «un devoto peregrino», ya que además de visitar Tierra Santa y Roma, también peregrinó al santuario de las apariciones de san Miguel en el monte Gárgano y al sepulcro del apóstol Santiago, en Galicia, tal como consta en las fuentes franciscanas.

Acompañamos el texto con dos grabados. En el primero encontramos la representación del apóstol Santiago con la indumentaria de pelegrino y con escenas de algunos milagros atribuidos al santo. El segundo grabado acompaña la obra del carmelita Jerónimo Gracián, titulada *El devoto pelegrino*, editada con ocasión del jubileo de Roma en el Año Santo de 1600 sobre el modo cristiano de pelear: «Con caridad, espíritu, devoción, modestia, silencio, penitencia, humildad, fe viva, oración vocal, pureza de conciencia, fervor, limosna, buen ejemplo, recta intención, adoración, reverencia, diligencia, paz y paciencia, se andan los caminos y sendas del Cielo».

7. Cf. Josep PERARNAU, «*Beatus Franciscus per Gerundam transiens*. Tradició del pas de sant Francesc d'Assís per Girona», *Estudios Franciscanos* 85 (1984) pp. 237-244.

siempre ha tenido una gran tradición,⁶ incluso se ha visto certificado por un extraordinario descubrimiento de documentación notarial por el Dr. Josep Perarnau quien, en el año 1984, publicó en la nota histórica titulada *Beatus Franciscus per Gerundam transiens*⁷ en la cual se aporta la transcripción y estudio de documentos inéditos gerundenses donde, de manera indirecta, se refieren al paso de san Francisco por la ciudad de Gerona.

Las referencias a las fuentes franciscanas, completados con otros textos arcaicos –en su mayoría lapidarios–, que a su modo también certifican el paso de Francisco de Asís por los territorios hispanos, ponen también de relieve la peculiar devoción de san Francisco a los santuarios y lugares sagrados y, además, son muy indicativos de la gran trascendencia que adquirió la Ruta Jacobea para todos aquellos fieles cristianos que deseaban peregrinar a uno de los principales lugares santos de la Cristiandad, equiparado a Jerusalén y a Roma, a partir de la concesión jubilar del papa Alejandro III, efectuada, el

6. Sobre las tradiciones populares del paso de san Francisco por Cataluña, puede verse el trabajo del folklorista Valeri SERRA BOLDÚ, «El pare sant Francesc i la tradició popular catalana», *Franciscalia* I (1928) pp. 365-376.





Pequeñas lecciones de historia

Jesús y el pueblo judío (VI): el culto judío

GERARDO MANRESA

AL principio de su predicación Jesús se dirigía exclusivamente a los judíos, pues tal como dijo Él mismo: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de Israel» (Mt 15,24), y lógicamente lo primero que pretendía era que se cumpliera la Ley e incluso Él se sometía a las formas rituales judías para su cumplimiento.

En ningún punto del Evangelio hay alguna palabra de la que pueda deducirse que Jesús quiso abolir los ritos sangrientos, que algunas sectas, como los esenios, rechazaban. Pero en el Evangelio hay afirmaciones indicando que prefiere la misericordia, como en san Mateo, comentando la fórmula del profeta Oseas, Mt 9,13: *es la misericordia la que me place, no los sacrificios*, o en el Evangelio de san Marcos se muestra como la piedad farisea coincide con lo que dice Jesús: Mc 12,32-33: *Le dijo el escriba (a Jesús en el Templo): Bien, maestro, tú has hablado con verdad... que amar a Dios con todo tu corazón... y al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y los sacrificios*. Pero no puede decirse que la preferencia de los actos de amor y de misericordia sea una condena de los sacrificios.

El culto jerosolimitano era muy apreciado por Jesús y a ello responden los gestos vehementes en la fiesta de la Purificación con la expulsión de los vendedores del gran patio de los gentiles. Aquella santa cólera mostraba la veneración que Jesús profesó toda su vida con relación al santuario judío, la «casa de Dios» con aquella expresión tomada de los salmos y reflejada en el Evangelio de san Juan: «El celo de tu casa me devora.» (Salmo 69,10). Y si repasamos las narraciones de san Marcos y de san Juan veremos confirmado este celo por el Templo de Dios. Mc 11,15-17: *Jesús entró en el Templo y comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el Templo... Y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo. Y les enseñaba diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Pero vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones*. Jn 2,13-17: *La Pascua (...) estaba cerca y Jesús subió a Jerusalén. Encontró en el Templo a los comerciantes de bueyes, ovejas, pichones y cambistas (...) y dijo a los comerciantes de pichones: Quitad esto de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado*.

Aunque estos gestos fueran muy fuera de lo normal, que disgustaban a la autoridad judía, no eran gestos menos agradables a la piedad judía, pues se cumplía lo anunciado exactamente por Zacarías: *Llega el día de Yahvé... Ya no habrá más cananeos (comerciantes) en la casa de Yahvé de los ejércitos, en este día*. (Zac 14,1.21)

Las únicas palabras en las que Jesús habla de la destrucción del Templo son, por un lado la profecía de su ruina en la que dice que no quedará piedra sobre piedra, pero no por ello puede decirse que estaba contra el judaísmo, pues en este caso también lo hubieran estado los grandes profetas, Isaías y Jeremías. *Jesús (dijo a sus discípulos): Veis estas grandes construcciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada* (Mc 13,2). Por otro lado, en el juicio los falsos testigos le acusaron diciendo que había dicho que él destruiría el Templo y lo reconstruiría en tres días (Mt 26, 60-61): *Este hombre ha declarado: Yo puedo destruir el santuario de Dios y reconstruirlo en tres días*. Cuando san Juan dice que Jesús dijo: *Destruid este templo, y en tres días yo lo reconstruiré* (Jn 2,19) Y el mismo Evangelista remarca que hablaba del templo de su cuerpo, prediciendo su muerte y resurrección.

La única vez que pone en cuestión la misión religiosa del Templo de Jerusalén y su existencia es cuando habla con la Samaritana, «*Créeme mujer que llega la hora en que, ni en este monte (el Garizim, donde se elevaba el templo de los samaritanos), ni en Jerusalén adoraréis al Padre.... Pero llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad*.» (Jn 4,21-23)

Jesús pone ante todo la adoración del Padre en espíritu y en verdad; coloca los mandamientos rituales de la Ley por debajo de los mandamientos del amor, de la caridad, de la moralidad, de la justicia, aparta con un gesto soberano las mezquinas exigencias de un cierto legalismo exagerado, pero en todas las enseñanzas de Jesús, así como en los textos escritos por los evangelistas, no excluye nada de lo que dicta la Ley. Incluso cuando hace una curación milagrosa, cura a los leprosos y él mismo les indica que cumplan con la Ley, *Jesús dijo: Vete a mostrar al sacerdote y ofrece por tu curación lo que Moisés ha prescrito*. (Mc 1,44). Pero la más significativa es, *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, sin descuidar aquello*. (Mt 23,23).

Hasta el último momento Jesús no cesó de practicar los ritos esenciales del judaísmo, acudir los sábados a la sinagoga, ir al Templo de Jerusalén para las celebraciones de las grandes fiestas, etc., y sin duda que constantemente repetiría la oración cotidiana del *Schema*, pues cuando el escriba le interroga en el Templo, no duda en decirle cual es el primer mandamiento: *Jesús le contesta: El primero es: Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor*. (Mc 12,29)



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Próximo inicio del Año de la Fe

EL pasado 21 de junio tuvo lugar en la Oficina de Prensa de la Santa Sede la presentación del «Año de la Fe» (11 de octubre 2012- 24 de noviembre 2013) por parte del arzobispo Rino Fisichella y monseñor Graham Bell, respectivamente presidente y subsecretario del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización.

Durante el acto, el arzobispo Fisichella recordó que «Benedicto XVI, en su carta apostólica *Porta fidei*, hablaba de la exigencia de volver a descubrir el camino de la fe para resaltar cada vez más la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. A la luz de este pensamiento (...) el Papa ha convocado un 'Año de la Fe' que comenzará en coincidencia con dos aniversarios: el quincuagésimo de la apertura del Concilio Vaticano II (1962) y el vigésimo de la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica* (1992). (...) El Año de la Fe se propone, ante todo, sostener la fe de tantos creyentes que, en medio de la fatiga cotidiana, no cesan de confiar, con convicción y valentía, su existencia al Señor Jesús. Su testimonio, que no es noticia (...) es el que permite a la Iglesia presentarse al mundo de hoy, como en pasado, con la fuerza de la fe y con el entusiasmo de los sencillos».

Por otra parte, este Año «se inserta en un contexto más amplio, caracterizado por una crisis generalizada que atañe también a la fe (...) La crisis de fe es la expresión dramática de una crisis antropológica que ha dejado al ser humano abandonado a sí mismo (...) Es necesario ir más allá de la pobreza espiritual en que se encuentran muchos contemporáneos, que ya no perciben la ausencia de Dios en su vida, como una carencia que debe ser colmada. El Año de la Fe quiere ser un camino que la comunidad cristiana brinda a los que viven con nostalgia de Dios y con el deseo de encontrarlo de nuevo».

Así, el programa toca «la vida diaria de cada creyente y la pastoral ordinaria de la comunidad cristiana para que se vuelva a encontrar el espíritu misionero necesario para dar vida a la nueva evangelización». En este ámbito, el arzobispo anunció que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha aprobado el formulario de una misa especial 'Para la Nueva Evangelización'. «Es un signo para que en este año (...) se dé la primacía a la oración y especialmente a la Eucaristía,

f fuente y culmen de la vida cristiana». Además dio a conocer el calendario de los eventos más importantes que contarán con la presencia del Santo Padre y se celebrarán en Roma. Diversos dicasterios tienen ya en programa iniciativas publicadas en el calendario y se organizarán también diferentes eventos culturales.

Aniversario de la reforma teresiana del Carmelo

EL convento de San José de Ávila volvió a convertirse en centro de atención para la ciudad castellana y para el Carmelo en general. Cuatrocientos cincuenta años después de que una campana rota anunciara a la ciudad amurallada que contaba con un nuevo monasterio de clausura fundado por la madre Teresa de Jesús, el pasado 24 de agosto una solemne celebración de la eucaristía presidida por el cardenal Antonio Cañizares, prefecto de la congregación vaticana para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, coronaba la celebración de esta efemérides.

Si cuando la Santa fundó su primer palomarcito el Concejo de la ciudad quería impedir aquella hazaña, hoy tanto autoridades civiles y eclesiásticas, como gran parte de los habitantes de Ávila se han dado cita en la pequeña iglesia de San José para conmemorar sus cuatrocientos cincuenta años de existencia. En una iglesia abarrotada, varios obispos españoles, el vicario general de la Orden, padre Emilio J. Martínez; los definidores generales padre Albert Wach y padre Robert Paul, el provincial de Castilla, padre Miguel Márquez, y el superior del convento de la Santa de Ávila, padre Francisco Brändle, concelebraron en la Eucaristía junto a gran número de carmelitas de distintos lugares de España y de otros países, así como numerosos sacerdotes y los estudiantes carmelitas de la Conferencia Ibérica y del Colegio Internacional de Roma. El ministro del Interior español, D. Jorge Fernández Díaz; y el alcalde de la ciudad de Ávila, D. Miguel Ángel García Nieto, estuvieron presentes durante la celebración junto a otros miembros de la política local.

El cardenal Cañizares expuso durante su homilía algunos de los rasgos fundamentales de la espiritualidad y el carisma de santa Teresa de Jesús, y

señaló la importancia que para la Iglesia ha tenido y tiene la santa abulense, así como el legado por ella dejado en el ámbito de la espiritualidad y con la nueva familia del Carmelo por ella fundada. Para el purpurado la reforma iniciada por Teresa de Jesús, hace cuatrocientos cincuenta años no es simplemente un hito del pasado y señaló que la Reforma Teresiana continúa siendo actual. Asimismo felicitó a toda la orden y a las monjas de San José por este acontecimiento tan especial y animó tanto a frailes como a monjas a continuar con el espíritu propuesto por la santa abulense.

Durante la eucaristía se pudo contemplar y venerar la insigne reliquia del pie incorrupto de santa Teresa, conservada y venerada en la iglesia de Santa María de la Scala, en Roma y que ha viajado a la ciudad abulense con ocasión de este aniversario. Junto a la reliquia se encontraba la preciosa talla barroca de santa Teresa de Jesús, del imaginero castellano Gregorio Fernández, trasladada desde la capilla natal de la Santa en el convento de los carmelitas descalzos de Ávila y que tras la Eucaristía fue escoltada por la Guardia Real, miembros de Intendencia del ejército de la que es patrona, frailes carmelitas con sus capas blancas y un gran número de fieles. (www.carmelitasdescalzos.com)

Le llamaban «el Ángel de Macao»

SEGÚN informaba *Alfa y Omega*, el 27 de julio de 2011 moría a los 97 años el jesuita gijonés Luis Ruiz, a quien todos llamaban el Ángel de Macao.

Habiendo ya ingresado en la Compañía de Jesús, fue expulsado de España con el resto de sus compañeros en 1931 por el gobierno republicano. Tras nueve años recorriendo diferentes lugares, llegó a China en 1940 con el encargo de visitar los centros de misión en la diócesis de Anking. Para ello caminaba setenta kilómetros al día, escogiendo los caminos más remotos donde vivía gente a la que nadie llegaba nunca.

Su estancia en China cambió radicalmente en 1949 cuando las tropas comunistas llegaron a Anking, cerrando el centro de misión y encarcelando a los religiosos. En la cárcel el P. Ruiz enfermó de fiebres tifoideas y fue expulsado del país, refugiándose en Macao en 1951 junto a miles de ciudadanos chinos del norte que huían de las tropas comunistas.

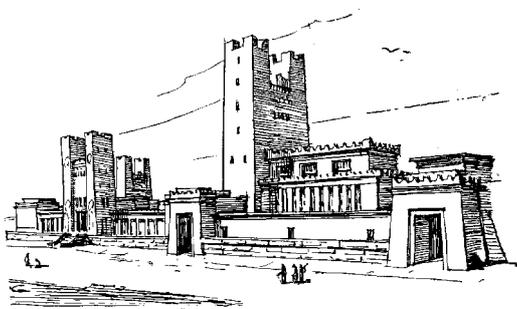
Enfermo, pobre y hambriento, como muchos que le rodeaban, el P. Ruiz aprendió a poner en práctica aquel «abandono confiado en la divina Providencia»

que nos enseñó san Claudio la Colombière. Pero no cejó en su empeño por ayudar y movió a todos sus contactos para obtener alimentos. «Empezó por dar algo de arroz a las personas que se acercaban a su casa, pero sabiendo que no era suficiente alimentar sólo sus estómagos. Había que alimentar también sus corazones. Para ello, decidió reabrir la antigua iglesia de San Agustín, para rezar y cantar juntos», explicó su sucesor al frente de la misión en Macao, el padre jesuita argentino Fernando Azpiroz. «Dar el catecismo por la noche era mi trabajo más importante», decía el mismo P. Ruiz.

Especialista en buscar y encontrar amigos y colaboradores, logró fundar la Casa Ricci, el inicio de Cáritas Macao, donde atendió a más de treinta mil refugiados. «La fuerza de esa sencillez que sabe que el Señor construye grandes cosas a través de los pequeños pasos que damos siguiendo sus inspiraciones», comenta el P. Azpiroz, ha dejado una marca imborrable en toda la región. «Mi tío –recuerda don Jesús Carrascosa– sabía que, a través de la ayuda inmediata, podía dar a la gente lo que verdaderamente necesitaba: conocer a Cristo. Él servía a los pobres por amor a Dios, no por ideología; por eso perseveró».

Tenía más de setenta años cuando supo de la existencia de la isla de Dajin, donde había una colonia de leprosos. Él mismo describe en una carta su primer encuentro: «Quería darles un apretón de manos, pero muchos no tenían manos. Me quedé sorprendido con tan inmensa miseria como se palpaba, y sentí el tremendo abandono en que vivían». Y empezó su ingente labor con los leprosos de China. Llevó comida, alojamiento, agua y cuidados médicos a la gente de Dajin. Pero descubrió que no bastaba, y que los pacientes necesitaban cariño. Llamó a las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que ya trabajaban con él en Macao, a vivir en la isla. Cinco años después, aquel centro triste y abandonado cambió a sus enfermos en personas dignas y rebosantes de alegría. La voz de que existía un Ángel que cuidaba a los leprosos se extendió rápidamente por toda China. Y así comenzó su itinerario de fundación y ayuda a leproserías –llegarían a 145– por áreas remotas de las montañas. En menos de diez años, más de noventa hermanas decidieron dejar sus lugares y comunidades para ir a servir y vivir con las personas afectadas por la lepra. Diez años más tarde, el padre Ruiz, con más de noventa años, haría a las hermanas otra nueva invitación: ir a servir a los nuevos leprosos, las personas con sida, en un centro de acogida.

Esta ha sido la vida de «un hombre cuya sonrisa transformaba los corazones».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Romney apuesta por la capitalidad de Jerusalén

LA gira internacional del candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos, Mitt Romney, por Inglaterra, Israel y Polonia nos ha dejado con una importante declaración: hablando ante la Jerusalem Foundation, Romney afirmó primero la vinculación entre su país e Israel: «Estoy firmemente convencido de que la seguridad de Israel es un interés vital de seguridad nacional para los Estados Unidos», reafirmando la alianza no escrita entre estos dos estados. Una alianza que va más allá del cálculo político para Romney: «nuestra alianza es más profunda que los diseños estratégicos o el peso de nuestros intereses. La historia de cómo América emergió para convertirse en el fiel amigo del pueblo de Israel está entre las más bellas y esperanzadoras en la historia de nuestra nación. Aunque nuestros caminos sean diferentes, vemos las mismas cualidades el uno en el otro. Israel y América son, en muchos aspectos, reflejos del uno en el otro».

A continuación se posicionaba con claridad en relación a la creciente tensión con Irán: «Hemos contemplado los horrores de la historia. No permaneceremos de brazos cruzados. No los volveremos a contemplar indiferentes. Sería estúpido no tomarse a los líderes de Irán en serio cuando hablan. Ellos son, a fin de cuentas, el producto de una teocracia radical... Tenemos el solemne deber y el imperativo moral de negar a los líderes iraníes los medios para seguir adelante con sus malévolas intenciones».

Pero la declaración que ha levantado una enorme polvareda fue aquella en la que, durante su discurso, Romney habló de Jerusalén como de «la capital de Israel» ante el alcalde israelí de la ciudad, Nir Barkat. Esta afirmación es de gran relevancia, pues a pesar de que Israel siempre ha considerado Jerusalén como su capital, reunificada desde la guerra de los Seis Días, en 1967, la comunidad internacional nunca ha reconocido la conquista israelí de la Ciudad Vieja y mantiene sus embajadas en Tel Aviv. Obama se ha pronunciado también a favor de la capitalidad de Jerusalén, aunque supeditándola a una solución global,

lo que a efectos prácticos supone postergarlo *ad infinitum*. Romney, en cambio, propone un reconocimiento unilateral e incondicionado que supondría un importante cambio, un reconocimiento internacional de Jerusalén como capital de Israel cargado de consecuencias.

Aunque las posibilidades de Romney en las elecciones presidenciales de noviembre de este año son escasas, los 638.000 judíos que viven en Florida, uno de los estados clave en la carrera presidencial, a buen seguro habrán tomado nota del gesto y la promesa de este mormón que parece estar dispuesto a cumplir el viejo anhelo israelí de presentar Jerusalén a las naciones como la capital de su estado.

La guerra en Siria, camino de la balcanización

TRAS la llamada «primavera árabe» que sacudió el Magreb el año pasado y que, a pesar del entusiasmo inicial que despertó en Occidente, ha acabado por significar el triunfo del islamismo y unas condiciones de vida para las comunidades cristianas mucho más duras, el principal foco de inestabilidad en Oriente Medio es ahora Siria. Allí, desde hace meses, se desarrolla una prolongada y cruel guerra civil que enfrenta al régimen baasista encabezado por Bashar Al-Assad con una oposición en la que cada vez resulta más evidente su dominante carácter islamista. Al conflicto ideológico se une el geopolítico y el étnico en este combate por un país que está en el centro de esa convulsa región.

Por una parte, la oposición recibe el apoyo de Turquía, ansiosa por ejercer su poder en la región y consolidarse así como sería candidata a potencia regional, junto con el de los regímenes del Golfo (principalmente Arabia Saudí y Qatar) y el de Occidente, principalmente Estados Unidos y el Reino Unido, quienes, a través de sus respectivos servicios secretos, se están esforzando en apoyar el intento de derrocar a Al-Assad. Es innegable que Bashar Al-Assad es un dictador cuyo régimen ha demostrado ser capaz de enormes atrocidades; pero al mismo tiempo es cierto que la alternativa islamista amenaza con sumergir al país en un régimen incluso

peor, en el que el futuro para las minorías, entre ellas la secular comunidad cristiana, sea elegir entre la emigración o la muerte. En cuanto al régimen sirio, su principal valedor es Irán, jugador en este nuevo *grand jeu* geopolítico y celoso del creciente poder turco, así como Rusia y China, ambas potencias siempre dispuestas a entorpecer las apuestas norteamericanas.

El apoyo de Occidente a los rebeldes sirios y la presentación del conflicto en un falso tono maniqueo constituye un ejemplo de libro de cómo la intervención occidental puede empeorar una situación. De hecho, ha sido este apoyo el que ha dado alas a los rebeldes y provocado un encarnizamiento de las hostilidades que ha afectado principalmente a la población civil de algunas ciudades, como Alepo o la misma Damasco. Por otra parte, la organización que agrupa a la oposición siria, el Congreso Nacional Sirio, fue fundado hace escasamente un año en Turquía y es una amalgama de islamistas sunitas e intelectuales izquierdistas exiliados, como su fundador, Burhan Ghalioun, un profesor de sociología en la Sorbona, o su actual presidente, Abdulbaset Sieda, un filósofo que vive en Suecia. No se puede obviar la similitud con el miope apoyo que Occidente dio en su día al *ayatollah* Jomeini. El apoyo occidental al Ejército Libre Sirio, cada vez más sectario e islamizado, recuerda a su vez al apoyo occidental a los yihadistas de Bin Laden, una actitud de la que unos años después hubieron de arrepentirse amargamente. El espectáculo de la CIA armando a islamistas radicales para derrocar a un régimen secular corrupto demuestra que la diplomacia estadounidense ha aprendido más bien poco del pasado reciente.

Si nos fijamos en el aspecto étnico, salta a la vista que la mayoría del país es musulmana sunita, mientras que Bashar Al-Assad y su entorno más próximo pertenece a la minoría musulmana alauita. El régimen, que respeta la libertad de culto, es apoyado por las minorías cristiana (que representa una décima parte de la población siria), chiíta y drusa, que temen con razón que un régimen islamista sunita recorte la relativa libertad de la que gozan en la actualidad. Así, no es de extrañar que Al-Assad haya repartido armas entre estas minorías, que sin grandes entusiasmos hacia el régimen actual, contemplan cómo la persecución contra ellas se desata en los territorios bajo control de los rebeldes. En este contexto, algunos ya están hablando de una progresiva «balcanización» de la situación siria. No son buenas noticias, ni para el mundo, ni para la

región, ni para Siria, ni para los cristianos que allí viven.

Alemania: barrios enteros sin una iglesia

LA secularización que asola nuestro continente ha dado un paso más en el terreno del urbanismo, tal y como acaba de denunciar la publicación católica alemana *Kreuz*. El hecho es que en la planificación urbanística de los nuevos barrios que se están construyendo en diversas ciudades alemanas, sencillamente no está previsto ningún lugar para las iglesias. No están previstas ni proyectadas y el resultado es que están apareciendo nuevos barrios desprovistos de cualquier iglesia. El conocido diario *Die Welt* se hace eco de esta inédita situación haciendo referencia a un nuevo barrio en Stuttgart, poblado por doce mil personas, en el que no existe ninguna iglesia. Lo mismo ocurre en Hamburgo, que a la ausencia de iglesias une el agravante de que, para poder llevar a cabo la nueva urbanización, varias iglesias tuvieron que ser derruidas.

Ante diversas quejas, las administraciones alemanas se han mostrado dispuestas a ceder algún pequeño local (se habla de pequeñas capillas con una capacidad para unas treinta personas) escondido en algún gris edificio municipal de oficinas. Muy lejos, pues, de aquella concepción cristiana que construyó Europa y en la que la iglesia era el punto central urbanístico y se solía elevar por encima del resto de edificaciones para simbolizar así la jerarquía existente entre todos los legítimos ámbitos. Por el contrario, estas modernas decisiones urbanísticas (para nada inocentes ni neutras) pretenden erradicar cualquier signo de fe y vaciar de contenido religioso la vida de nuestras ciudades, sabiendo que al hacer desaparecer los lugares de culto, testimonios visibles de la fe, ésta se debilita.

Curiosamente, estos planes se asemejan a los puestos en práctica durante la época de la Alemania comunista, la República Democrática Alemana, cuando las iglesias eran demolidas para así inculcar con creciente eficacia el ateísmo. La única diferencia es que entonces el objetivo secularizador era abiertamente declarado, mientras que ahora se esconde bajo la falsa ideología de la neutralidad; entonces los perseguidores eran los comunistas, mientras que ahora son tecnócratas que incluso pueden estar a las órdenes de partidos democristianos (el alcalde de Stuttgart, Wolfgang Schuster, es miembro de la CDU).

«Canigó», poema nacional hispánico

CRISTIANDAD dedicó el número de 1 y 15 de septiembre de 1952 al poema *Canigó*, de Verdaguer. La obra fue glosada en tres extensos artículos de José M.^a Font Rius, Luis Creus Vidal i Manuel de Montoliu, del cual reproducimos a continuación una parte substancial. El número se iniciaba con un editorial a modo de justificación, firmado por Tomás Lamarca, del que son estos párrafos:

«Y, sin embargo, *CRISTIANDAD* ha escogido para este número en particular, otro tema: el del poema en que se canta el nacimiento de la Cataluña cristiana dentro del concierto de los países de la Edad media europea, o sea dentro del marco de la verdadera Europa surgida bajo el signo de la Cruz y la solicitud maternal de la Iglesia.

»Y ha parecido a *CRISTIANDAD* verdaderamente a propósito el comentario de dicho poema, *Canigó*, por cuanto en él se refiere el definitivo triunfo de la

fe cristiana en esta porción norte-oriental de España, sobre los últimos restos de paganismo, que el poeta simboliza en místicos personajes refugiados en los últimos parajes pirenaicos y que cual sombra se desvanecen bajo el resplandor de la Cruz que empuñan los monjes, al tiempo que la morisma es derrotada por la espada de los cruzados cristianos.

»En el día de hoy, cuando nuevos y nebulosos paganismos vuelven a acechar por muchas partes a la humanidad, es propio volver la mirada a aquella epopeya, al propio tiempo que se coloca la esperanza en la Cruz plantada sobre el Corazón de Cristo y se escuchan las llamadas que éste nos dirige a través de los sumos pontífices, cuyo eco humilde aspira a ser *CRISTIANDAD*.

»No se halla, por tanto, tan distante nuestro tema de hoy del que entraña la principal razón de ser de esta revista».

[...]

En la poesía lírica había de encontrar Verdaguer su verdadera vocación. Entre los acogedores vergeles de la poesía mística y en general de la lírica encontró Verdaguer la voz de su intimidad. Y fue una suerte que escribiera su segundo poema épico después de algunos años de ensayar las modalidades más íntimas y personales del divino arte de la poesía. El *Canigó*, en efecto, recoge en sus versos toda la suavidad de sus intimidades líricas con las que el poeta había ungido su alma, jadeante todavía del parto violento de la *Atlàntida*.

Fue efectivamente el lirismo esencial del *Canigó* lo que salvó el segundo ensayo épico del poeta de los peligros en los que cayó en su primera epopeya. La ambición del poeta no voló tan alto como en ésa, pero por lo mismo pudo evitar las terribles caídas sufridas en su primer vuelo épico.

Uno de los mayores defectos de su primera obra épica fue la falta de fusión y de equilibrio entre los dos elementos maravillosos, cristiano y pagano, coexistentes y yuxtapuestos en el poema. Pues bien, en el *Canigó* estos dos elementos que integran también el contenido de la narración, llegan afortunadamente a un perfecto equilibrio. En la leyenda pirenaica de los tiempos de la Reconquista, en la cual tejó el poeta su maravillosa crea-

ción, el mundo de los cruzados cristianos y de los monjes evangelizadores que ensanchan por la llanura del Rosellón la obra redentora de la tierra catalana, destaca vivamente sobre el fondo de hechicería pagana constituida por los enjambres de hadas que pueblan las alturas encantadas del Canigó. Pero esta antítesis se resuelve en perfecta síntesis, pues el mundo pagano de los infieles, contrariamente a lo que sucede con el mundo mitológico de la *Atlàntida*, queda, en último término, supeditado, como manifestación del mundo infernal, a la invencible soberanía del mundo cristiano, cuyos representantes, por la fuerza de las armas y por la fuerza de la oración, acaban por arrojar de aquellos montes a todas aquellas sombras plácidas de las hadas que pueblan los jardines mágicos de Flordeneu. Lazo de unión entre esas dos masas épicas contrapuestas y nexo de la antítesis es en el poema la figura de Gentil, sobrino de Guifré, conde de Cerdeña, trágica víctima de las seducciones de la maga Flordeneu, reina de las hadas del Canigó.

En torno del indicado contraste se mueven todas las figuras, todos los episodios: todos los elementos épicos en una perfecta e íntima armonía. La cruzada contra los árabes invasores del Rosellón acaudillada por Tallaferro y el conde Guifré; las escenas de sortilegio en el reino de Flordeneu; la visión

poemática de los Pirineos desde lo alto de la carroza alada en la que el Hada arrebató a Gentil; el crimen del conde Guifré despeñando en un momento de ciega indignación a su embrujado sobrino; la derrota y la huida de los agarenos bajo la espada irresistible de Tallaferró; la expiación del homicida, que funda un cenobio benedictino junto a la tumba de Gentil, bajo la dirección del abad Oliba; la subida final de los cruzados y de los monjes al Canigó, y la desbandada de las hadas que huyen y se desvanecen como un mal sueño a la sombra bendita de la cruz plantada en la cumbre de la montaña, todo resulta de una perfecta unidad orgánica, lo cual permite al poeta hacer de vez en cuando, sin perjuicio de la total armonía del conjunto, algunas acertadas digresiones líricas, tales como los cánticos de las hadas en el noviazgo de Gentil y Flordeneu, la deliciosa glosa coreada de las *Muntanyes regalades*, *La Maleïda*, el delicadísimo *Cant de Gentil*, la escenificación apoteósica de la subida al Canigó y de la glorificación de la Cruz en inspiradísima forma dialogada entre los ermitaños y las hadas, y el epílogo poemático *Els dos campanars*.

Hemos afirmado que había triunfado plenamente la ambición de Verdaguer al escribir su poema. *El Canigó*, efectivamente, es un poema nacional catalán e hispano, porque nada puede concebirse más profundamente nacional que aquel triple despertar del pueblo hispano levantándose en armas contra el extranjero invasor en los focos de resistencia de las montañas de Asturias, del Alto Aragón y del Pirineo catalán.

Las leyendas escogidas por el poeta, como base de su narración épica, son históricas y vivas en la conciencia del pueblo. Nada puede concebirse más a propósito, para construir un poema nacional de un pueblo moderno, que las leyendas que nimbaban los misteriosos orígenes de su respectiva nacionalidad en el punto de arranque de los tiempos medievales, leyendas de las que fluye toda la corriente secular del sentimiento nacional. Además, Verdaguer tuvo el acierto y el arte de enlazar la poesía de las viejas crónicas y leyendas históricas con la poesía anónima de su pueblo. Y de esta manera toda la enjutez de aquellas tradiciones, arrancadas del polvo de los pergaminos, fue refrigerada y ungida en el fresco e inagotable manantial de la siempre joven Musa popular. Sobre este granítico fundamento nacional, Verdaguer pudo volar libremente a su fantasía sin peligro de desagradables caídas. Y así le vemos construir animosamente un mundo de ensoñadora idealidad, un mundo de magia y sortilegio alrededor del hada Flordeneu, la cual, en último término, sirve aún para hacer resaltar más sobre el fondo rosado de encantamiento la visión adusta de aquellos hombres vestidos de hierro y de aquellos otros vestidos de tosco sayal que dieron ideas, espíritu y alma a aquellos rudos siglos de austeridad y heroísmo.

Podríamos decir que así como la *Atlàntida* es un gran poema geológico, el *Canigó* es un gran poema geográfico. Efectivamente, es como si el poeta, desde las alturas del Pirineo abrigue bajo las alas de su espíritu toda la tierra catalana y se complazca en tender bajo su mirada de águila el rico manto de valles y montañas, ríos y bosques, pueblos y ermitas, miembros, esparcidos en armoniosa variedad, del cuerpo de Cataluña. Y su mirada se complace en seguir amorosamente todos los encantos y todas las galas de su amada Cataluña, y el poeta lleva su afán del detalle topográfico hasta tal extremo que el poema en algunos de sus pasajes puede llegar a dar la impresión de una guía inspirada de una apoteosis, de un dietario de una peregrinación devota por las montañas pirenaicas, santuario máximo de la nacionalidad catalana, en donde exhaló el primer hálito de su vida al escuchar en sus hondonadas el primer grito de su independencia nacional. El genio de la tierra, la Gea inmortal, vivía con una formidable vivacidad en el espíritu de Verdaguer. Fue la Gea, mirada como teatro de terribles convulsiones y luchas entre los elementos, la que inspiró su primer epos. Ahora, en el segundo, vuelve a ser la divina Gea la que, fundiéndose en su espíritu con el sentimiento de patria, engendra la sublimación de la Cataluña geográfica, mirada piadosamente por los ojos del poeta como cuna venerable y molde plasmador de su personalidad nacional. De este genio, podríamos llamar, geográfico de Verdaguer, son bellas muestras numerosos pasajes del *Canigó*, en los que vemos personificadas en figura de hadas, diversas comarcas y localidades pirenaicas y dramáticamente humanizada la vida de ríos y montañas, valles y cumbres, en forma clásicamente mitológica, como vemos en las visiones de *La Maleïda* y *Lo Rosselló*, en el canto de *Lo Pirineu* y en aquel *scherzo* delicioso por su popular humorismo, sobre los ríos Noguera y Garona, Verdaguer descolló como creador de una original mitología moderna.

[...]

Esta primitividad del genio de Verdaguer hizo de él un poeta eminentemente nacional y popular en toda España, porque lo colocó junto a las mismas recónditas fuentes de la tradición espiritual de su pueblo. Esta primitividad fue el impulso que hizo de él un poeta épico y le siguió fielmente en todos sus pasos y le inspiró en todos sus versos. El poeta viene siempre a afirmar la naturaleza en la pureza y la inviolabilidad con que salió de las manos creadoras de Dios. Y por esto en civilizaciones como la presente, pletóricas de crítica y racionalismo, son tan escasos los poetas auténticos. Por esto, cuando surge alguno de ellos, sonriendo serenamente por encima de toda la tristeza contemporánea, el mundo se siente conmovido ante el milagro, porque en la aparición del poeta ve la misteriosa reencarnación del hombre-niño de las edades heroicas con todos los sentidos abiertos a la perenne maravilla de la vida.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

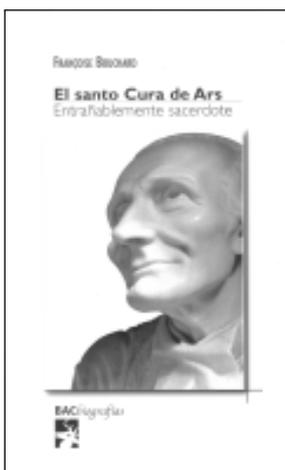
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



El santo Cura de Ars. Entrañablemente sacerdote

Autor: Françoise Bouchard,
Editorial: BAC
256 páginas
Precio: 13,50 €

La autora devuelve al Cura de Ars toda la densidad de su arraigo humano: su época, su familia, sus feligreses, todos los que se cruzaron en su camino, pero también su psicología, sus luchas interiores, su deseo de huir, relacionado con una conciencia extremadamente delicada de su indignidad. Nada quedará oculto, ni su lucha contra el «garfio», ni los dones particulares que

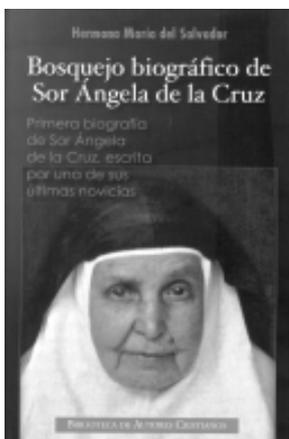
poseía. Este libro nos permite captar dónde se encuentra el auténtico secreto de la santidad del Cura de Ars.



El amor se aprende

Autor: Benedicto XVI
Editorial: Romana Editorial
224 páginas
Precio: 16,95 €

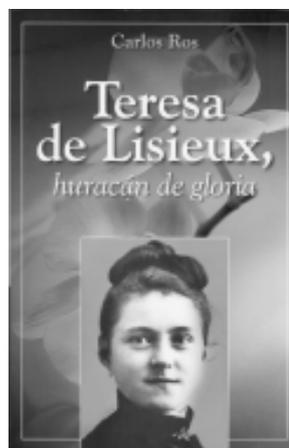
Benedicto XVI, ofrece una concepción de la familia intensamente ligada a las etapas de la vida. Lugar de acogida en la infancia, sustento durante las fases del crecimiento y permanente escuela en la que se aprende el amor. El amor se aprende y se afianza a lo largo de la vida de cada individuo en el seno de una familia. Una visión profunda de la familia, una obra dirigida tanto a los fieles católicos como a la sociedad en su conjunto.



Bosquejo biográfico de sor Ángela de la Cruz

Autor: Hermana María del Salvador
Editorial: BAC
944 páginas
Precio: 35,00 €

La que se consideraba a sí misma «negrita, zapaterita y tontita» es hoy una de las más atrayentes figuras de los estudios de la espiritualidad y del pueblo cristiano. Su vida refleja un aspecto importante de la vida religiosa en la transición histórica de la España de la generación del 98 y primer tercio del siglo xx. La autora aprendió directamente de santa Ángela y de sus contemporáneos lo que nos transmite.



Teresa de Lisieux, huracán de gloria

Autor: Carlos Ros Carballar
Editorial: San Pablo
472 páginas
Precio: 22,00 €

Teresa de Lisieux fue llamada «huracán de gloria» por el papa Pío XI. Las páginas de este libro recorren las grandes etapas de su vida para entrar en el corazón de su doctrina y de su persona. Porque Teresa es testimonio vivo de que no importa ser frágil, sentirse pequeño en este mundo, para acercarse al corazón de Dios. Ella presintió que su misión era mostrar a todos el modo de amar a Dios mediante el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del total abandono.

CONTRAPORTADA

Renovada actualidad del patrocinio del apóstol Santiago

La Iglesia en España celebra de nuevo la solemnidad de su patrono, Santiago Apóstol, hermano de Juan e hijo del Zebedeo. Lo reconoce e invoca como su primer evangelizador y el patrono que veló constantemente, a lo largo de su más que milenaria historia, por el bien espiritual y material de sus hijos: hijos también de un pueblo que hundía sus raíces más profundas –las de su cultura, de su idiosincrasia, de su acervo moral, en una palabra, las de su alma–, en el sí al Evangelio predicado por él. España se sintió protegida por la intercesión de Santiago ante Dios en todos los momentos más críticos y graves de su pasado histórico –desde aquellos lejanos de su liberación del poder musulmán y de los que la condujeron a la formación de su unidad en el Medievo y en los inicios de la modernidad– hasta el presente. Entre vicisitudes varias, con altos y bajos, supo conservar la fe en Jesucristo Redentor del hombre, con una singular fidelidad y una creatividad espiritual y misionera extraordinariamente fecunda, no dejando nunca de considerarse y de realizarse como una comunidad fraterna de gentes y personas estrechamente vinculadas, por la caridad de Cristo, en su Iglesia. [...]. Su camino, ¡el camino cristiano de España! trazado siguiendo las huellas del apóstol Santiago, se ha revelado y desarrollado humana y culturalmente como un camino de la Europa y del mundo que, sabiéndolo o no, buscan afanosamente a Cristo y, en Cristo, al hombre sanado y transformado por el don de su gracia: ¡del amor infinitamente misericordioso de Dios! Actualizar en la fiesta de Santiago el Mayor, nuestro patrono, esta memoria jacobea tan rica humana, cultural y espiritualmente, se nos presenta como un apremiante imperativo de la hora histórica que estamos viviendo en la Iglesia y en la sociedad: ¡hora de España y hora de Europa! ¡Inseparables ambas!

Nuestra oración –la oración personal y la oración de toda comunidad cristiana–, sentida y convencida interiormente, debería hacer suya la petición de la Iglesia en la Eucaristía de su fiesta, al dirigirse a Dios Todopoderoso pidiéndole que, por el patrocinio de Santiago España se mantenga fiel a Cristo hasta el final de los tiempos. España, al igual que toda Europa, atraviesa por una crisis que, en su fondo y en sus causas últimas, es una crisis de fe. Éste es el juicio que le merecía a nuestro Santo Padre Benedicto XVI a finales del año pasado, en vísperas de la fiesta de la Navidad del Señor, la situación crítica europea: «El núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas son ineficaces». Sí, ¡urge encontrar la respuesta del alma para la crisis que nos agobia! ¡Que nos ayude la intercesión del apóstol Santiago a recobrar de nuevo su camino, camino de la verdadera fe! El Año de la Fe, al que el Papa nos ha convocado, deberíamos aprovecharlo como una oportunidad excepcional de la gracia para iniciar una nueva andadura de peregrinos y testigos de la fe en España.

CARDENAL ANTONIO M.^a ROUCO VARELA: exhortación pastoral ante la fiesta del apóstol Santiago de 2012